
SS
SERVICIO SECRETO
SERENATA PARA TIGRESAS
peter debry
BB

PETER DEBRY

SERENATA PARA TIGRESAS

Col. SERVICIO SECRETO n.º 710
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 160 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: FEBRERO - 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 5751/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
517 — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:
690 — Gangsters en Borneo.

En Colección BUFALO:
229 — El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:
77 — Un póker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:
93 — Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:
28 — Cachorro de *gun-man*.

En Colección PUNTO ROJO:
54 — Siniestra obsesión.
67 — F. F. ha sido secuestrada.

En Colección METRALLA:
16 — Pánico en Saint Tropez.

SERENATA para TIGRESAS

por PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

Kent Chandler echó hacia atrás la cabeza, y el alevoso manotazo destinado a su nuca resbaló por su pecho. También desplazó aire el zurdazo que, en veloz gancho, subía con la malévola intención de alzarle el mentón en impacto secamente científico.

Kent Chandler debía tener en gran estima a su físico, porque toleró una dolorosa presa en su pierna izquierda y un cabezazo en el estómago, como consecuencia, inmediata de su esquiva facial.

Cayó sentado, pero, con veloz escorzo, rodó a un lado, mientras su adversario, que se había lanzado en acrobática zambullida, encontraba en vez de carne, la lona recubriendo corcho y gomaespuma.

Chandler estaba ya en pie, cuando el profesor sueco, un especialista en enseñar los modos de defenderse de los ataques peor intencionados, estaba aún incorporándose.

Se abalanzó Chandler con la sana intención de aplicar un rodillazo definitivo, y el sueco presentó el antebrazo, mientras su mano izquierda asía el tobillo de Chandler.

Este alzó la otra rodilla, y el profesor esquivó por milímetros el contacto indeseable. Kent Chandler volvió a conectar las posaderas en el suelo acolchado, y el profesor, manteniéndole los dos tobillos, quedó de rodillas. Explicó:

—Si ahora empezase a separarle las piernas, lo pasaría usted mal. Pero dudo que sus habituales discrepantes, empleen esta llave. Por si acaso,

cuando le prendan por un tobillo, separe la otra pierna. Es usted un discípulo muy inteligente, pero tiene un gran defecto. Su carácter es agresivo por naturaleza y complacencia.

Soltó el maestro los tobillos de Chandler, que se incorporó.

—Soy agresivo, porque las circunstancias me obligan a serlo, Stigg. Si hace ya meses que vengo aquí a horas perdidas, a magullarme y salir baldado, no es por capricho.

En pie, el flemático sueco, se fue secando el sudoroso rostro con una toalla esponjosa, embebida en aromatizado alcohol. Sentenció:

—Su otro defecto es que se protege excesivamente el rostro y descuida los demás sectores de su anatomía. De todos modos, es natural que prefiera no exhibir desperfectos en la cara.

—Mi cara es casi un instrumento de trabajo, Stigg.

Kent Chandler pasó a las duchas y poco después, a la mesa de masaje. Vistiéndose, se contempló con irónica satisfacción. El espejo le devolvía la imagen de un delgado y fibroso acróbata que no actuaba en circos, sino en calles y habitaciones.

Ajustándose la corbata de lunares azules, Chandler volvió nuevamente a pensar en Stromberg y en su frase de despedida. Frase que pronunció amablemente, porque había mucho tránsito por la Avenida Lexington, a las cuatro de la tarde, y en las cercanías de la Gran Estación Central.

—“Me disgustaría horrores colocarle lunares rojos en la corbata, Chandler. Olvídese que existo y los dos sobreviviremos”.

Kent Chandler amaba mucho la vida, considerándola un sabroso néctar, si rondaba el peligro constante. Esta era la principal razón por la cual estaba decidido a no “olvidarse” de que Rudolf Stromberg “existía”.

Se cepilló los rizosos cabellos castaños y ladeado el fieltro tirolés azul, abandonó el gimnasio.

Dos puertas de cristal separaban las dependencias del gimnasio de la calle. En la segunda, fue un negrito adolescente quien la abrió para susurrar, rodando los blancos globos oculares:

—Ronda el Hurón, jefe. Gracias, jefe.

Kent Chandler aunque le pagaba un sueldo al negrito Topsy, tenía esplendideces oportunas.

Si el Hurón rondaba, vería solamente a un negrito recibiendo una propina por abrir una puerta.

Chandler no se dirigió hacia su coche aparcado a escasa distancia. Arrimándose lo más posible a las fachadas, adoptó el paso tranquilo de un ciudadano cuyo horario le permite pasear a las seis de la tarde.

Sin olvidarse de Rudolf Stromberg, pensó en lo entrometido que resultaba casi siempre el Hurón.

Su perfil acreditaba el apodo. Agudo, de sienes aplastadas y ojillos vivaces, penetrantes. Parecía estar contemplando un escaparate de prendas

interiores femeninas.

Y con su habitual postura. Abierta la gabardina y la americana, hundía las manos en los bolsillos del pantalón. Un hombre desaliñado, con rodilleras, manchas de ceniza y corbata chillona.

Kent Chandler se detuvo también delante del escaparate. Un punto de mira excelente, porque los reflejos de las luces permitían ver lo que circulaba a espaldas de los dos mirones.

—¿Qué combinación le gusta más, Murphy? —preguntó Chandler—. ¿La de color lila o la asalmonada?

El teniente detective Murphy siguió contemplando los maniquíes de plástico sonrosado, luciendo diversas prendas vaporosas. Su voz siempre era áspera:

—Me quedo con la negra de encajes. ¿Qué tal, Chandler? ¿Dedicado al sano ejercicio de la marcha callejera?

—Hay que estirar un poco las piernas, cuando no llueve. Además, me despepitan los paseos a esta hora indecisa y otoñal.

—¿Qué hay de Stromberg?

—Mi estómago no encaja la cocina alemana, Murphy.

—No sea chistoso aunque la hora sea indecisa y otoñal. Me refiero y le consta sobradamente, a Rudolf Stromberg, porque tengo la vaga sospecha de que si hay alguien en todo Nueva York, que sabe por dónde anda Stromberg este alguien es usted.

—Si yo supiera por dónde anda ese Stromberg que usted menciona, me alegraría mucho, porque me dedicaría a estirar las piernas a unas cien millas de distancia del susodicho.

—Reconoce pues que Stromberg no le quiere bien.

—Tengo un gran éxito entre las damas de toda nacionalidad y edades que pululan por la ciudad, pero suscito, y me alegro, una gran antipatía entre los varones de todo plumaje, incluido Stromberg.

—No se calumnie, hombre. Hay varones que le apreciarán de pronto, cuando le atisben metido entre cuatro tablas. ¿Paseamos juntos?

—Es un honor su compañía.

Clark Murphy ladeó el rostro. Rara vez miraba a sus interlocutores.

—¿Iba usted hacia el sur, Chandler?

—Más o menos.

—Como yo. Camino hacia cualquier punto, si me lleva a un lugar interesante. Y usted es interesante, desde diversos puntos de vista, aunque algunos queden muy velados, o precisamente por esto mismo.

Kent Chandler encendió un cigarrillo, y Clark Murphy mordisqueó la punta de uno de sus favoritos brasileños, negros y retorcidos, que le teñían repulsivamente los ralos dientes. Escupió el trozo de tabaco y añadió:

—Me pareció ver a Topsy esperándole a la puerta del gimnasio. Lástima que mis ojos recorren más camino que mis orejas.

—Era Topsy, en efecto. Me preguntó si debía continuar vigilando mi coche. Tiene la manía de que alguien ronda por la ciudad, decidido a reventarme los neumáticos.

—Ya... Las estadísticas calculan que hay más de un millar de fábricas de neumáticos en el Estado. Y otras tantas funerarias. Topsy podrá vigilarle las ruedas, pero ninguna compañía de seguros le aceptaría como buena inversión, Chandler. ¿Se decide de una vez por todas a confiar en mí, sí o no?

—Hace tiempo que confío plenamente en usted, mi teniente.

Atravesaron dócilmente la calzada, atendiendo la señal del semáforo. En la otra acera, comentó Murphy:

—Stromberg tiene una cuenta pendiente conmigo. Y no cabe duda que me tendrá más respeto que a usted. Decídase, y entre los dos, podemos dejar fuera de circulación a Stromberg.

—Le doy mi palabra de honorable y prudente ciudadano, que ignoro por completo dónde tiene Stromberg su palo de gallinero.

—Que sea usted honorable hay muchos que lo ponen en duda, y en cuanto a prudente, es un solemne embuste. Usted cree que Stromberg es un gallina. Lo es, a solas. Pero tiene varios gallos duros de pelar, que le hincarán el espolón, Chandler.

Chandler tiró el cigarrillo, deteniéndose ante el luminoso umbral prolongado por un toldo, del local de baile famoso por sus ruidosos concursos con premios importantes.

—Creo que me sentará bien mover los pies al ritmo de la selva. ¿Se ha fijado bien en el twist? Le conviene practicarlo. Es exactamente el escarceo preliminar del troglodita civilizado, impaciente ante la hembra casquivana. Pero si entra conmigo, ojo. Se baila en sitio. Nada de pasar al ataque.

El teniente Murphy avanzó los labios en mueca desdeñosa.

—Oyéndole, cualquiera que no le conozca le supone un majadero.

—Gano con el trato prolongado. ¿Se decide? Puede ganarse un sobresueldo si se contonea con garbo. A lo mejor, ignora sus talentos.

—No me gusta hacer el orangután, aunque suene la música o lo que toquen ahí dentro. Es una lástima que persista en dárselas de tunante conmigo. Nosotros dos nos conocemos ya demasiado, Chandler.

Kent Chandler alzó las cejas emitiendo un suspiro:

—Y tanto, mi teniente, ¿entra o no?

Clark Murphy escupió otro pedazo de cigarro baboso, y se alejó pesadamente.

Kent Chandler permaneció en el umbral. Era una gran verdad que se conocían mucho ellos dos, y por esta misma razón, supo que Clark Murphy no fingía irse.

Tampoco él había fingido al decir que ignoraba el paradero de Rudolf Stromberg. Hubiese podido aludir a la cita que para las seis y media, le

dieron por teléfono.

En el Mount Morris Park. Un lugar apartado, de escasa circulación, que posiblemente Murphy hubiera considerado un "lugar interesante".

Kent Chandler siguió caminando al lado de la pared, hacia el norte de Manhattan. Estaba de acuerdo con Murphy en un punto: carecía del sentido más elemental de prudencia.

Aquella cita en el Mount Morris Park, a las seis y media, dada telefónicamente por Helen, era sospechosa.

Aunque también resultaba admisible que la caprichosa Helen sintiera de pronto, hacia las cinco y media, el deseo de citarle, llamándole al gimnasio de Stigg.

El camino más corto para llegar al Mount Morris Park, en su vertiente hacia Harlem, era continuar por la Quinta, pero Kent Chandler prefirió abandonar la iluminada y espléndida arteria.

Se internó por laterales, atravesando la Primera y, bordeando la East River, alzó las solapas de su "Loden" gris. Soplaba un cierzo que acuchillaba la piel.

Y justificaba que un paseante, hundiera las manos en los amplios bolsillos del ligero abrigo impermeable.

Unos bolsillos en que no había intervenido el sastre, en la confección de dos dobles forros. El de la izquierda contenía un semiarco de hierro, forrado por dentro con fieltro prensado.

Provisto de cuatro orificios, que encajaban perfectamente con los dedos, dejando libre el pulgar. Era increíble la contundencia que proporcionaba al puño, aquel semiarco que a la vez protegía los nudillos contra el despellejamiento.

En sus principios de agresiva actividad, Kent Chandler había ido comprobando prácticamente lo necesario que era protegerse el rostro y cuidarse los nudillos.

Adquirió experiencia en calzar prontamente el semiarco de hierro y en salvar la cara de la maniática obsesión de la mayor parte de los que se disponen a convertir en ejecutiva una discusión.

Debía ser porque al discutir y no llegar a un acuerdo, el interlocutor que discrepaba, adquiría un repentino rencor contra el ajeno semblante y, al igual que los boxeadores novatos, solo veía carne facial.

La mano derecha abarcaba fácilmente la plana culata del seis plomos, de fabricación belga. Al principio también había cometido un error.

Agenciarse una pesada distribuidora de ocho balas, complementada con doble cargador. Pesaba horrores y deformaba el hombro izquierdo. La práctica le demostró que la "F. N.", ligera, era incasquillable. Y además, se camuflaba fácilmente.

Contorneó la tapia de un solar en obras y más que nunca sus ágiles pies funcionaron como las extremidades de un gato que olfatea rata.

Y no pensaba en Helen Sutton.

Analizaba que era natural que Helen Sutton escogiera lugares discretos y apartados. Era una chica de la alta. Y él no figuraba ni mucho menos, en las listas de invitados a las selectas reuniones a las que tenía por costumbre acudir Helen.

Y también podía ser más que natural, que de cualquier rincón sombreado, surgiera uno de los gallos de Stromberg.

No cabía la menor relación posible entre un granuja como. Stromberg y la delicada Helen, de los Sutton, de Park Avenue.

Pero el argumento tenía otra faceta. ¿No conocía él mismo, y casi a fondo, a Helen Sutton?

Se adhirió a la oscura tapia, cerca de la esquina de la calle que conducía a Harlem.

Aquel lugar era parte de la enorme ciudad y tan solo eran las seis y veintisiete minutos, pero el silencio y la soledad, cuadraban con cualquier rincón de una aldea perdida en la alta montaña.

Solares en edificación, porque una compañía constructora había adquirido las viejas casas. Paradójicamente. Para destruirlas y edificar en el emplazamiento un bloque de nuevas.

Los vigilantes de material, preferían calentarse en sus cobertizos, entre tapias.

Kent Chandler aguzó el oído. Aquel taconeo era muy femenino. Nervioso y apresurado. Como si los tacones repicasen con prisa, huyendo... No esperando.

Y súbitamente, Kent Chandler tuvo que pensar a la vez en varias cosas urgentes.

La mujer que doblaba la esquina no era Helen Sutton. Y el coche que se aproximaba no contenía a pacíficos ciudadanos.

No miró más a la mujer desconocida. La empujó con una brutalidad carente de la más elemental galantería.

El crepitar de una ráfaga taladró ladrillos, hizo espolvorear cal y trazó un surco horizontal en la pared.

Pero no dibujó rojos surcos en dos anatomías, porque Kent Chandler, derribando a la desconocida, se lanzó por encima de ella, en grotesca estirada de portero pretendiendo parar un veloz penalty.

Una estirada muy utilitaria.

Desde el coche, faros apagados, una silueta proyectó de nuevo el silenciador y apagallamas hacia la esquina.

Kent Chandler apuntó a ras de suelo y con un punto de mira positivo. De reconocida eficacia.

El coche, que se disponía a virar para facilitarle la labor al que, desde atrás, tenía que repetir la ráfaga, chirrió estridentemente sobre una rueda.

La otra estalló y el tren posterior se bamboleó, obligando al conductor

a dar todo gas, en brusca embestida, para recuperar el dominio del volante.

Se alejó rápidamente hacia Harlem, pero tomó el viraje como un barco que escora, haciendo aguas. Oyéronse unos silbatos...

Kent Chandler se levantó, sacudiéndose las rodillas y mirando con pena su tirolés azul que flotaba en un charco entre un montón de barrosos cascotes.

Recordó de pronto que había empujado a una desconocida... Que seguía tendida en el suelo, de costado, sin moverse.

Se inclinó, diciendo:

—Lo peor ya pasó. Yo me despido porque hay explicaciones que, de ser posible más vale no darlas.

La desconocida no replicó. Por la forzosa razón de que estaba privada de sentidos.

Alguien, tras la tapia, acudía gritando:

—¿Qué diablos pasa por aquí? ¿Quién ha disparado?...

Un halo rojizo bamboleante anunciaba que el alertado vigilante, llevaba una linterna, muy necesaria en aquellos desiertos parajes.

También se iba acercando el petardeo de una moto, en orquestal competencia con la sirena policial.

Kent Chandler era imprudente, pero de reflejos rápidos en todas sus decisiones. Para bien o para mal.

Se agachó y pasando los brazos bajo las piernas dobladas y la espalda de la desconocida, la levantó.

Echó a correr hacia la East River, y fue posiblemente el aire azotando el rostro de la mujer, lo que la hizo reaccionar.

Pero reaccionó en forma extraña:

—¡No lo ha conseguido! ¡No lo ha conseguido! ¡No me mataron!

Eran exclamaciones. Sin chillar. Presa de un shock nervioso, mordía las palabras entre sus encajados dientes.

Kent Chandler bandeó a un lado su femenina carga, manteniendo contra su costado el estrecho talle. Afirmó:

—Si logra sostenerse en pie, seremos una pareja corriente y normal. ¿O es que no somos normales, rubia?

La rubia, en pie, se apoyó con fuerza sobre el brazo masculino En la oscuridad, trató de acomodar su paso a la zancada masculina. Bisbiseó:

—Usted fue muy oportuno. Si no es por usted, me matan. Y entonces, él hubiera conseguido su propósito.

—Luego me lo cuenta. Ahora saque el máximo provecho de su aliento, por si nos dan alcance los entremetidos, que siempre abundan.

Siguió por dos veces la misma trayectoria, en zigzag. Respiró al comprobar que nadie los había seguido.

Apareció la hilera de luces sobre el malecón dominando el brazo

oriental del Hudson. Una avenida que parecía pertenecer a otro mundo. Muy distinto al que atrás quedaba.

Coches sin metralletas, aceras limpias, transeúntes apacibles, escaparates iluminados y bares acogedores.

Ambos sacudieron instintivamente el polvo y ella murmuró:

—Me duele el brazo.

—Pero lo tiene muy vivo, ¿verdad?

Se miraron, algo entrecortada la respiración. Alguien chocó contra Chandler y excusándose, siguió su camino.

Se acercaron más al umbral de una tienda de artículos deportivos. Y Kent Chandler insistió en recorrer con sus pardas pupilas, el variado surtido de perfecciones que revelaba el abierto abrigo de astrakán.

El apartado cerebral que Chandler dedicaba a catalogar femeninas valoraciones, fue definiendo:

“Una rubia nada sosa. Busto de los que hipnotizan por partida doble. Piel de raso. Categoría de nena rica, desde la cima. Boca ávida. Ojazos de miedo. De tigresa. Pero asustada”.

—Debo darle las gracias por haber sido tan oportuno. Pero considero ridículo, no tener mejor palabra con qué agradecer algo tan importante como salvarme la vida.

—Vamos a reanimarnos. Lo conseguiremos allí mismo. Disponen de buenos tónicos y de discretos compartimentos.

Ella volvió a apoyarse en el brazo de Chandler, con las dos manos entrelazadas.

—Sí… Estoy aturdida. Fue todo tan repentino… aunque ya hace días que me suponía que…

Cerró ella los verdes ojazos. La entrada de Kent Chandler en el “Seaside” fue la de un afortunado varón, con su rendida conquista a punto de desvanecerse de éxtasis sobre su hombro.

CAPÍTULO II

En el compartimento del piso primero, con discreta cortina por puerta, un camarero dejó sobre la mesa un combinado de naranja y coñac. Y una copa vacía a cuyo lado esperaba el frasquito de whisky para triple dosis y el botellín de “Canadá Dry”.

Se retiró, con solemne saludo silencioso. Un cliente que iba tan bien acompañado, sabía ser generoso, rechazando magnánimo el cambio.

Ella bebió a sorbitos golosos, su combinado, mientras Chandler se servía un tercio de licor, acabando de llenar el alto vaso con el chispeante complemento.

Bebiendo, pudo acabar su valoración visual. El abrigo sobre el diván semicircular, era legítimo y ruinoso para el pagano de la factura. La blusa azul tenía aquel no sé qué, pregonando el modelo exclusivo. Y la falda, la falda adquiría una suave redondez compacta, agradabilísima de contemplar.

Volvió a alzar la vista, continuando el escrutinio de perfil. La mano que empuñaba el vaso, no había conocido nunca los estragos de las labores de una casa modesta, de destructora cocina vegetariana.

Dedos en huso, con uñas nacaradas. Una alianza de oro y platino. En el dedo medio, un aro grueso de platino engarzando un brillante como un garbanzo. Rodeado de perlas diminutas en gama descendente.

Dejando el vaso sobre la mesita, ella también se ladeó.

—Tuve tiempo para poder apreciar, pese al mareo, que además de salvarme, supo usted evitar que él… pistolero del coche volviese a disparar.

—Era imperioso no dejarle virar al chofer. Si lo hace, no estaríamos ahora disfrutando el reconfortante sabor de estos tónicos.

—¿Por qué prefirió no esperar a la policía?

—Lo hice por usted —mintió Chandler, muy sinceramente.

—¿Por mí?

Los verdes ojazos de tigresa destilaban ahora candidez natural, pero Kent Chandler era un resabiado.

Intuía siempre malicia y recelo.

—Usted clamó repetidamente que “él” no lo había conseguido y que no habían logrado matarla. Y afirmó que “él” estaría mordiéndose las uñas, rabiando, cuando se diera cuenta que un neumático reventón, le hizo fallar.

—Por lo visto, hablé demasiado.

—Por lo oído, sí. Pero con otro oyendo, podría ser nocivo. Conmigo, poco.

Ella le estudiaba, mientras se escanciaba otro tercio. Y comentó:

—Realmente no sé qué decir. Todo ha sido tan inesperado…

—No tanto, puesto que usted esperaba que la acribillasen de un día a otro. Y no la considero una víctima propiciatoria, dispuesta al sacrificio, pese a que estuviera paseando por sitio tan poco concurrido.

—Si supiera quién es usted… Necesito tanto poder confiar en alguien… Naturalmente, que no debo desconfiar, puesto que me ha salvado la vida.

—Por carambola, ya que se da el caso de que también le tengo cariño a la mía.

—Me llamo Vivian Murray… Resulta casi ridículo… Me estoy presentando y hablo como si todo fuese natural. El modo como nos hemos conocido, nuestra presencia aquí juntos…

—Necesitábamos reparar los nervios, ¿no?

Ella cruzó las piernas. Pidió:

—¿Tiene un cigarrillo?

Ofreció él su pitillera:

—No la supuse fumadora, porque si lo fuese, ya habría echado usted mano a su marca viciosamente predilecta.

—Perdí mi bolso.

—Y yo mi hermoso sombrerito azul. Tenía una cinta roja preciosa y una pluma de perdiz legítima. Son dos fallos. Pero no podía estar en todo. Se trataba de recogerla a usted, o recoger mi sombrero. El bolso, no lo vio, La elección no era dudosa. Me quedé con usted, Vivian.

Ella se irguió levemente. Kent Chandler la definió mentalmente:

“Tipo fino, intelectual, que no gusta de familiaridades ni chabacanerías. Ha respingado y va a decirme que no sea malo”.

—Encontrarán mi bolso y sabrán que las balas me iban destinadas. Harán preguntas a las que no podré contestar.

—Contésteme a mí, y yo puedo resolver su preocupación, Vivian. Es precisamente mi especialidad.

—¿Su especialidad?

—Las personas que tienen preocupaciones y que son objeto de intentos de asesinatos, suelen recurrir a dos soluciones. Sentirse confidenciales con la policía o acudir a un detective privado y de reconocida discreción. Tal es mí caso.

Sobre la mesita colocó Chandler una placa cuadrada, con ribete de cuero. El plástico transparentaba una fotografía en huecograbado.

Ella se inclinó para leer la licencia de uso de arma y el permiso legal para ejercer la profesión de investigador privado. Extendidos a los nombres del fotografiado en el laboratorio del Estado, que también había aplicado las dos huellas digitales bajo el retrato de Kent Chandler.

“De perfil, y cuando está interesada en algo, parece una colegiala aplicada”, se dijo él. “Debe tener unos veinticinco años. Lástima que lleve anillo de esposa. Tengo el defecto de que la fruta del jardín con dueño es lo único que en este bajo mundo me inspira respeto. No por el dueño, sino

por las complicaciones que...”

—Ha sido providencial su presencia, señor Chandler. Y ahora ya comprendo por qué accionó con tanta eficiencia. Es curioso... Hace ya días que estoy luchando con mi intención de visitar a un detective privado.

—¿Los mismos días en que suponía que alguien deseaba matarla?

—Sí.

—Vamos a emplear un método muy vulgar, Vivian. Consiste en empezar por el principio. Después, ya le encontraremos solución al asunto de su extraviado bolso delator. Se llama usted Vivian Murray. Paseaba a todo galope por la Harlem Connection. En la parte más solitaria. La que contornea el Mount Morris. Y un coche la ametralló.

Se estremeció ella y Chandler tuvo que apartar la vista del vértice de la blusa, para poder seguir coherentemente:

—Tuve la gran suerte de estar cerca y poderla llevar en brazos, pasmado de admiración, porque es usted bonita con ganas. No se alarme. Lamento confesar que soy, por profundo egoísmo, muy respetuoso con las mujeres con propietario legal.

Ella se miró instintivamente la alianza.

—Mi marido es Derek Murray. Seguramente le conoce.

—Ni de lejos. Pero por lo que puedo juzgar, demuestra tener un gusto indiscutible.

—Es el compositor de melodías para revistas musicales.

—¿Autor de la “Sonata con Metralleta en Mount Morris”?

—Yo no he dicho que Derek... No, no lo he dicho.

—En su mareo, cuando citó al que se mordería las uñas de rabia al ver frustrado su intento, yo le estaba admirando los ojazos, Vivian, Presumo de ignorar totalmente lo que puede existir tras unos ojos femeninos, pero en aquellos instantes, usted estaba en baja forma. Es decir, seguía con los nervios a flor de cutis. Y al pronunciar por dos veces: “Él no lo ha conseguido”... sus ojos tenían la doble expresión que he podido leer en las enamoradas que a la vez sienten rencor.

Ella sonrió por vez primera.

“Gana un cien por cien este portento cuando enseña los dientecitos. Menudos. De carnívora. Tigresa-gata. Eso es. Si ronronea, tumba. Pero si decide arañar y morder...”

—Parece usted muy entendido en sicologías femeninas, señor Chandler.

—Que va... Sería ofenderme creerme capaz de entender a Eva. Esta ciencia es exclusivamente femenina o propia de caballeretes que salieron torcidos. Claro, que a veces, acierto.

—Acertó, porque es verdad que yo estoy muy enamorada de Derek... pero, últimamente, le odio. Será mejor, como me indicó, que comience por el principio. Considero por tanto, que al igual que usted tiene derecho a pedirme los honorarios que estime convenientes, yo tengo derecho a

exigirle discreción.

—Es la norma de la casa —sonrió Chandler—. Soy caro, porque lo valgo. Y discreto, porque me sale del alma.

“Descarado, pero no molesta oírle”, susurró la doble personalidad de Vivian Murray. “Y ha demostrado que es eficaz”.

—Hace unos tres años conocí a Derek. Nos enamoramos y me hizo saber que la condición esencial para nuestra felicidad en el matrimonio, consistía en que yo nunca debía preguntarle a dónde iba, si se ausentaba durante días o meses. Pretextó que en busca de inspiración, se recluía en sitios alejados de todo bullicio mundano. Me avisó también de que debía tener plena confianza en él, porque detestaba a las mujeres poseídas del funesto vicio de los celos. Los califica de demonio verde.

Miró Chandler las esmeraldas luminosas que entre las pestañas tenían ahora placidez de lago, al evocar:

—Derek es muy guapo. Del tipo de hombre definido como “interesante”.

Rio Chandler inconteniblemente. Parpadeó ella sorprendida.

—Mil excusas. Vivian, Es que el calificativo de “interesante” me lo aplicó un repelente individuo muy Adán, recientemente. Prosiga.

—Derek tiene cuarenta años, pero todas lo encuentran estupendo. Este calificativo no es mío. Lo usa Lulú.

En el diminutivo condensó ella toneladas de amarga ironía.

—Mi marido vende a muy buen porcentaje sus composiciones para revistas musicales. Figura en buen lugar en la lista de ediciones de discos. No se prodiga, ya que le valoran a alto precio sus melodías.

—¿“Twist” pasado por violín?

—Ritmos modernos, pero sin estridencias. Yo, cuando él se ausentaba, respetaba el convenio. Intentaba luchar contra los celos… Cuando él regresaba, era un verdadero encanto.

—No le resultaba difícil. Yo mismo, si usted fuese mí… Bien, bien, prosiga. No tome en cuenta mi propensión a olvidarme que es usted una mujer casada. Es el mejor piropo que puedo hacerle.

—Gracias. No deseo ningún otro. Hace siete días, Derek regresó tras una ausencia de veinte. Había cambiado. Detalles que solamente una mujer enamorada sabe apreciar. Me besaba con fogosidad, pero su mente estaba lejos.

Movió Chandler la cabeza, apesadumbrado.

—Adquirí la certeza de que había otra mujer. Primero me desprecié yo misma, al pensar en espiarle. Pero lo hice… Y hace cinco días, Derek estaba en un sitio parecido a este… Debo confesar que en el compartimento contiguo, me subí sobre el asiento y miré.

Ella cerró los ojos, y Chandler vaciando su vaso, la contempló risueño.

El “demonio verde” apoderándose de las casadas enamoradas, le había

proporcionado numerosos beneficios. En investigaciones casi siempre grotescas, idénticas, fáciles y sin la menor emoción.

—Era indudable, por lo que pude ver, que Derek quería con pasión a la mujer que estaba abrazando... Era ridículo... La estrujaba con frenesí, llamándola entre suspiros: "Lulú, Lulú, vida mía"...

"Sonrojada, estás que tumbas, monada. Qué pena que mi única virtud sea huir de las casadas como gato escaldado..."

—Si en aquel momento hubiese tenido al alcance de la mano una pistola, mato... De veras, que mato.

—¿A Lulú o a Derek?

—A los dos. No hice acto de presencia. Volví a casa y cuando él vino a cenar, sondeé. Me contestó que era muy aburrido pasarse tres horas discutiendo con editoriales musicales.

Crispó ella las manos, fulgurantes los verdes ojos felinos.

—Pude refrenarme, porque estaba ansiosa de gritarle qué clase de editorial musical era la llamada Lulú. Al día siguiente, volví a espiarle. Entró en una casa de la Riverside. Tardó una hora en salir. La inquilina de la casa se llama Loretta Grandpré, y es natural de Nueva Orleans. Figúrese... Una afrancesada. Y seguramente que ella le llamará "chuchú" o "mamar" o vaya usted a saber... Ridículo.

—No lo es. En momentos así, decimos cada sandeb... Usted misma llamará a Derek cositas dulces, cuando él... Bien, bien. Concretemos. Está demostrado que su esposo es infiel. Delito imperdonable estando usted tan imponente... Caray, ya me vuelvo a extraviar.

Se abrochó ella el botón superior de la blusa. Fruncido el ceño.

Kent Chandler miró al techo, al inquirir:

—¿Por qué supone usted que piensa matarla? El divorcio es el legal y civilizado asesinato de los amores.

—Derek sabe perfectamente que yo soy capaz de renunciar a todo, a mí dignidad, a mí amor propio... pero no a él.

—Ya. Y en consecuencia, Derek ante la imposibilidad de divorciar, decide quitarla a usted del florido camino hacia Lulú. A tiro limpio, como un gangster. No hay que exagerar, estimada señora Murray.

—La noche del día en que le vi permanecer, una hora y siete minutos, en la casa de Loretta Grandpré, él adivinó que yo "sabía". Pero no le hablé de ello. Y al día siguiente fui a visitar a Loretta. Estuve muy correcta. Me limité a decirle que ya sabía quién era ella, y que le daba una semana para irse de Nueva York. Ella se sobresaltó y antes que pudiera contestarme, abandoné su casa. Un momento más... y creo que la habría estrangulado.

—¿Le contó a Derek esta visita?

—No. Pero aquella misma tarde, un coche subió a la acera por dónde yo pasaba y se alejó a toda velocidad. Gracias a que un muchacho me cogió por un codo y me atrajo hacia él... o el coche me hubiese

atropellado.

—No todos los que tienen licencia para conducir, han de saber necesariamente conducir.

—Eso pensé también. Pero hace dos días, pasando bajo una ventana... una maceta con flores estalló a medio metro de mis tacones. Había muchas ventanas y tuve miedo... Me marché sin indagar.

—Podía ser un tiesto mal colocado.

—¿Estaba mal colocado el pistolero que me disparó?

—¿Qué hacía usted en Harlem Connection a las siete y media aproximadamente?

—Volvía del "Drive" donde había dejado mi coche para que le hiciesen un repaso general. Tenía los guardafrenos en muy mal estado, dijo el mecánico, y los aceites secos. Casi me reprochó ser tan descuidada. No podía yo decirle que solo Derek posee la otra llave del garaje donde guardamos nuestros dos coches.

—Su caso empieza a ponerse candente, Vivían. Lo acepto. Voy a trabajar en aclararlo. Usted ahora regresará a su dulce hogar, como si no hubiese ocurrido nada. Dirá que perdió su bolso y que debieron robárselo, porque al oír un neumático estallar, tuvo miedo, y debilitada por su régimen para conservar la línea...

—¿Cómo sabe que sigo un régimen?

—Porque usted tiene redondeces de manzana sabrosa, y no quiere convertirse en rolliza pera. Bien, sigamos. Dirá que perdió unos instantes el sentido, y que un desconocido, la acompañó hasta este bar. Usted bebió y solamente cuando yo me fui, diciéndole que me llamaba Abraham Smith, notó la falta del bolso. Dirá lo mismo cuando la policía vaya a su casa, si no la está esperando ya.

—¿Por qué? Ah... Encontrarían mi bolso.

—Mañana telefonearé. Diré que soy Abraham Smith. Y queda convenida la siguiente escala de tarifas: me pagará cien dólares si demuestro, con testigos, la infidelidad marital. Quinientos, si demuestro que es un asesino en potencia. Mil, si le demuestro que no es un asesino.

—¿Cómo...?

—Claro, porque entonces para su tranquilidad de enamorada, le habré demostrado que sufre usted un leve achuchón pasajero de paranoia, más vulgarmente conocido por manía persecutoria.

—Pero, ¿es que no lo vio usted mismo? ¿Es que acaso no dispararon balazos muy verdaderos?

—¿Es que no estaba yo allí o qué?

—Gracias por intentar tranquilizarme, pero no soy una paranoica.

—Hasta ahora, un coche que sube a la acera y un tiesto que se cae, son pocos indicios para acusar a Derek. Y la rociada de balas, pudo serme destinada.

—¿A usted?

—Naturalmente. Los dos estábamos en la trayectoria de tiro. En mi profesión, nos creamos enemigos. Bien, ahora voy a irme, Vivian. Desconozco la verdadera mentalidad de su melódico maridito, pero se necesita ser muy poco musical, para intentar matarla, cuando usted es pura sinfonía hecha dulce carne.

—Gracias —sonrió ella, sin alegría.

—Las que usted acapara. Buenas noches. Y no salga de su casa, hasta que no le telefonee Abe Smith. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Recogió Chandler su “loden” y en el pasillo llamó a un botones.

—Busca un taxi para la señora que espera ahí dentro. La acompañarás tan pronto lo caces. Toma, y cómprate un bigote.

Esperó Chandler fuera, hasta comprobar que el taxi había sido cazado por el botones. Y que Vivian Murray iba en su interior.

Cogió otro, y una mueca irritada crispó sus labios, al descender.

Apoyado contra el quicio de entrada de la casa en cuya planta baja estaba el despacho “Investigaciones Chandler”, Clark Murphy masticaba uno de sus pestilentes cigarros.

Llevaba dos sombreros. Uno en la cabeza y otro azul, tirolés, con cinta roja y plumita de perdiz, bajo el sobaco.

CAPÍTULO III

—Dichosos los ojos, mi teniente. Hace años que no gozaba del raro privilegio de verle. Podemos entrar por la puerta de mi uso particular, no destinada a los clientes, si es que quiere beber un trago conmigo. ¿O acaso estaba esperando a mí secretaria?

Clark Murphy no contestó, limitándose a seguir al que introdujo una llave en la segunda puerta a la izquierda. Daba acceso a un despacho de mobiliario de claros colores, tresillo tapizado de pana ámbar, color que también tenían las paredes.

Colgando su abrigo en la percha, pasó Chandler tras la mesa. Pulsó mi botón en un recuadro y dijo:

—Hola, Wally. No estoy para nadie, hasta nuevo aviso. Que la numerosa clientela se abstenga de formar tumultos.

Soltó el botón, sentándose. Clark Murphy acababa de colgar en la percha el fieltro azul tirolés, hasta entonces bajo su axila.

Vino a sentarse al borde de la mesa, casi al lado del sillón ocupado por Chandler.

Las manos en los bolsillos del pantalón, arrugada la camisa, y con una mancha de grasa en la amplia punta de la corbata, donde el verde y el rojo entablaban una violenta pelea, Clark Murphy se contentaba con mirar al que, sentado, rio divertido.

—Se merece el alias, Murphy. Cuando fija sus hermosas pupilas en alguien se comprende que haya tipos duros que experimenten el deseo de encontrarse a cien millas de usted.

—Las mismas que debería usted colocar entre Stromberg y su redomada carota guapa de embustero.

—No seamos dos vulgares y malolientes perros ladradores, teniente Murphy. Yo no soy un embustero, y le consta. Guapo, esto sí. Lo admito.

—¿Por qué se largó dejando el sombrero debajo de una pared en la que habían incrustado ocho balas?

—Intente usted quedarse en pie, aguantándose el sombrero, apoyado en una tapia, mientras hay energúmenos disparando desde un coche que le roza a toda velocidad. Claro que, si llego a saber que estaba usted tan cerca como para ser tan amable y recogerme el sombrero... entonces no echo a correr vergonzosamente.

—El policía que recogió este conato de sombrero, transmitió que llevaba en la badana una “K” y una “CH”.

—Podía ser de Kruchef.

—Mañana me reiré. Las iniciales eran poco corrientes, y cuando fue consultado el listín de personajes “en observación”, me llamaron a mí.

—¿Por qué “K” “CH” hizo que le molestasen?

—Saben que Kent Chandler, me interesa enormemente. Me dieron este aborto de sombrero, apenas lo identifiqué como el suyo.

—Lo que le pasa es que me tiene envidia, porque mi corte facial me permite encasquetarme esta monería.

—Al grano, joven. ¿Se decide a decirme la verdad?

—A las seis y media, me encontraba yo paseando…

—Yo le dejé cuando me afirmó que iba a competir con los orangutanes, meneando su anatomía a toques de bombo y alaridos.

—Cambié de idea. Pensé que sería mejor ir a contonearme por la plácida selva ribereña de Harlem. Pero por lo visto, me seguían los polichinelas de Stromberg. Oiga, me salvé por un pelo.

—Qué pena…

—Hice un espléndido salto de rana con aterrizaje flexible, estilo Kid Pencas. Ya sabe… Boca abajo y afinando puntería. Logré vaciarles un caucho trasero. No pude identificar el coche, y menos a los que iban dentro.

—¿Tantos eran?

—Ya repuesto, podría jurar que solamente iban dos. Uno, al volante, y otro atrás. Este era el que manejó una metralleta, aunque bien pensado, podía ser una “Parabelum”. Con silenciador y apagallamas. Un tubo salvador, porque era largo, y al asomarse me produjo la reacción saludable. Lanzarme al suelo.

—O sea que fue a pasear por un sitio pintiparado para parejitas, pero no para un elemento como usted, que sabe que andan deseando acribillarle. Y me quiere hacer creer que fue por casualidad.

—Palabra de honor.

—¿De cuál clase? Porque su honor es como el Arco Iris. A lo mejor consigo ofenderle.

—Me es usted simpático, mi teniente, aunque se empeñe en caerme gordo. Y además no olvide nunca que no ofende quien quiere, sino quien puede.

—Nadie puede.

—Concretemos, jefe. Yo conseguí demostrar que Stromberg intervino en la muerte de los contrabandistas de joyas, y se lo fui a declarar, mansa y espontáneamente. ¿Y ahora qué pasa? ¿Rebosa usted gratitud? Qué va… Rezuma colmillo retorcido.

—Lo que pasa es que Stromberg logró esconderse, y la única vez que le vieron desde lejos, sin poderle atrapar, estaba en la Lexington charlando sonriente con usted.

—Ya le declaré que él me aconsejó tenerle en total olvido.

—Pero usted, en vez de hacerle caso, lo sigue buscando. Tiene una pista que se calla, olvidándose que yo también ando buscando a Stromberg.

—Todo para usted. Se lo regalo. Juro por mí honor de primera clase,

inarrugable y con refuerzos en el entrepeine, que ignoro por completo dónde se halla Stromberg. Parece mentira que sea usted un reputado conocedor de bípedos. ¿Es que tengo cara de aspirante a cedazo?

—Me reservo la particular opinión que me merece su cara, porque tendría que emplear adjetivos como bribón, sinvergüenza y candidato al pijama de rayas grises.

—¿Es una indirecta o qué? —sonrió Chandler.

—Varias veces ha estado a punto de perder la licencia. Pero esta vez tengo el capricho de creer que es sincero. A la larga, mentir cansa... hasta a usted mismo. De acuerdo. No sabe dónde está Stromberg. ¿Tiene algo más que contarme?

—Pues, sí. Ahora recuerdo.

—Ahora, ¿eh? —y Murphy torció la boca.

—Todo a su tiempo, jefe. Primero le hablé de mi paseo. Del coche y del vaporizador de plomo. Por allí deambulaba una señora. Soy galante hasta con la muerte acechándome. Le di un empujón a la dama, cuando vi asomar el tubo por la ventanilla del coche. La dama se desmayó, como era su obligación. Por esto eché a correr, olvidándome de mi sombrero. La dama necesitaba una urgente atención médica, pensé. Se recompuso cuando bebió un tónico en el “Seaside”.

—Lo malo con usted es que me formo un taco. Nunca sé cuándo dice la verdad o me mete un cuento tártaro.

—Triste sino el suyo, mi teniente. La Humanidad no es tan perversa como se imagina. Siéntase generoso. Olvídese que usted es un caimán. Los demás pueden ser nobles y sanos corderos...

—La dama se recompuso en su compañía.

—Le dije que me llamaba Abraham Smith y que tuvo una alucinación cuando creyó que yo había disparado contra un coche. Pero me tomó por su salvador. Oiga, era toda una dama. Bonita con fineza, del tipo señorial, sin ínfulas. Ojazos de tigresa y un par de...

—¿Tigresa?

—Ya sabe... Ojos verdes que acarician, ojos verdes que fulminan. Tenía además un par de piernas escalofriantes. Le reproché pasearse solita por un barrio donde hay que caminar en compañía, cuando se es honesta. Lo es. Quedé en telefonearle mañana mismo, porque es de las que despiertan en mi alma un suave entusiasmo. Es de las que me gustan.

—Lo que me gustaría saber es cual es el tipo de mujer, entre los quince y cincuenta y cinco, que no le hace babear de entusiasmo. Me acuerdo de aquella pelirroja bizca, que además era coja.

—Era una delicia. Tenía un contoneo de cubana y al besarme, vigilaba ella la puerta y la ventana a la vez. Una ganga para un detective.

—Escuche, joven, y conste que es mi última advertencia. Si averiguo que se ha callado algo que pudiera conducirme a meterle mano a

Stromberg, removeré cielo e infierno, pero el próximo salto de rana le hará aterrizar en la cárcel.

—Suerte que me acoracé contra los desengaños de los amigos de la infancia y los amigos ingratos que...

—¿Amigos, de qué? —rezongó el que ya abría la puerta—. Podríamos serlo, el día en que usted rompa su licencia y solicite su ingreso en la policía oficial y decente. Mientras, sigo considerándolo un lagarto repleto de escamas resbalosas.

—Mejorando lo presente.

La puerta se cerró con violencia, desde fuera.

Kent Chandler pulsó la conexión con el despacho de su secretaria.

—Hola, Wally. Voló el moscardón. Ven. Y trae a Topsy.

—El señor ignora que hay una visita.

Cuando Wilma Roberts hablaba refinadamente y no masticaba chicle, es que había alguien presente y desconocido.

—¿Quién es, Wally?

—La visitante se reserva la identidad, señor. Hace más de veinte minutos que espera.

—Añade el minuto reglamentario, Wally.

Kent Chandler se apartó de la mesa para ir junto a la puerta de comunicación con la antesala. Descorrió la mirilla.

El secreto observatorio le permitió comprobar que la morena visitante no solo no era Helen Sutton, como pensó, sino además llevaba medias de alivio de luto.

“Unas piernas pecaminosas. La clásica arruinadora de hogares. Inspira deseos de bramar, rugir y escarbar. Morena fogosa. Y eso que está sentada y tranquila. Kent, hijo mío, si esta despampanante provocación de morena está padeciendo del demonio verde de los celos, debe ser un fenómeno de resistencia orgánica su...”

Se apartó porque la morena, en pie, le cortó el hilo del pensamiento. Ella atendía la indicación del negrito Topsy, que le señalaba la puerta.

Kent Chandler intentó adoptar la postura de un, reflexivo abrumado, víctima de un cerebro en ebullición.

La puerta se abrió y Chandler terminó de escribir:

“Dar con Helen y enterarme qué diablos significa citarme en el cementerio. Dar con Lulú. Echarle un vistazo a Derek”.

—¿Cómo está usted? —saludó la voz de contralto.

Levantó Chandler los ojos, cerrando el carnet de anotaciones.

—Mejor que nunca. Siéntese. Lamento haberla hecho esperar, pero estaba ausente.

A corta distancia, el rostro femenino era macizo, modelado en sensualidad latente. Los negros ojos, tenían solemne seriedad. Y un exceso de azul en los párpados.

El cuello de la blusa cerrada hasta casi debajo de las mandíbulas, era un acicate más, al tensar la seda. Ponía de relieve unas turgencias que demostraban escasez de ayuda y artificio, porque acompasaban la respiración de su dueña.

La chaqueta, del traje sastre, era de un verde acertadísimo. Parecía corresponderle aquel color. El encaje inferior sobresaliendo del borde de la falda hacía juego con el color de las franjas altas de las medias.

—He titubeado mucho antes de visitarle, señor Chandler.

—No lo dudo. Lo vulgar y corriente no hace titubear.

—Me he esforzado en convencerme de que debido a su profesión, usted ha de ser discreto y estar acostumbrado a oír confidencias de toda índole.

—De todas clases. ¿Quién le recomendó?

—Oí comentar que usted tenía una gran aceptación entre las mujeres. Y esta condición era necesaria.

—La verdad, mentiría si dijese que soy modesto.

Dando, pues, por impepinable que soy el que las enamora, ¿a qué se debe que usted considere necesaria esta supuesta fascinación que emano por mis poros?

Sonrió ella. Era una, sonrisa trágicamente melancólica. Hondamente penetrante. Inspiraba deseos de besarla con música de Sibelius.

—Quiero con toda mi alma a un hombre y solamente veo una posibilidad de conseguir que vuelva a mí lado. Es un hombre romántico. Si comprueba que la mujer que lo ha apartado de mi lado, acepta el galanteo a fondo de otro hombre... ¿comprende?...

Ahora era insinuante. Con magnetismo felino.

“Necesito vitamina E, dijo Chandler. Veo tigresas por todas partes”.

Dijo:

—Vayamos por partes. Yo soy un detective, no un “playboy” a tanto el beso o la torta.

—No es mi intención mortificable. Un “playboy” es un hombre poco viril, un monigote de lujo, como un perro de raza. Usted carece de todo equívoco, señor Chandler. Mi proposición exige un hombre con presencia e inteligencia. Acepto de antemano sus honorarios y le quedaría eternamente agradecida.

“Esta pantera es fanática de los seriales lacrimógenos”.



—No seas truculenta

—¿La que acapara el alma de su marido de qué categoría es?

—No es mi marido, sino mi novio.

—Nubes de verano, señorita Smith.

—Lana Atkinson. No son nubes de verano. Ella ha inspirado una pasión avasalladora a mí novio. Y tengo el presentimiento de que si Derek no vuelve a mí, ocurrirá una...

—¡Ey, un momento, por favor! Empecemos por el principio. ¿Cuánto tiempo hace que es usted la novia de Derek Smith?

—Derek Murray.

—¡Castañeta! —exclamó Chandler, fastidiado.

—Pido excusas por mí falta de decoro verbal, pero tengo entendido que existe un tal Derek Murray, compositor, casado e incansable, porque tiene una tigresa, ronda a otra y le canta serenatas a una tercera tigresa. Es un fenómeno el tipo ese. ¿Qué tomará?

—No le entiendo.

—¿Su Derek es compositor?

—Sí.

—Y casado, ¿no?

—No es casado. Lo sé, porque mi padre fue al registro de licencias matrimoniales, y consta claramente que Derek Murray es soltero.

—Me hice un pequeño lío. El compositor casado que yo conozco, se llama Derek, pero no Murray, sino Williams. ¿Dónde conoció a Derek Murray?

—En un balneario de Platsburg. Un sitio encantador, en las alturas cercanas a la frontera canadiense.

—He oído hablar de Platsburg. Todos los amantes de las torceduras de tobillo a base de resbalar por la nieve, y pululan por este Estado, van a Platsburg, aunque salgan descalabrados. ¿Cuánto tiempo hace que conoció a Derek?

—Mañana se cumplirán tres semanas. Prometió que nos casaríamos a principios del mes entrante. Y le he visto con otra mujer, en su coche parado. Era más que visible su amoroso apasallamiento.

—¿Rubia la rival?

—No, no... Tiene el mal gusto de teñirse el cabello de caoba. Un color asqueroso, ¿verdad?

—Depende lo que hay debajo. ¿Es tan fea la caoba?

—Se llama Loretta Grandpré:

“¡Sopla! Este Derek es un tigre... Jornadas intensivas”.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho Derek.

—Es un jabato el hombre.

—Y además añadió que si vuelvo a espiarle, me matará.

—¡Castañeta! ¿Y usted lo creyó capaz?

—Es peligroso... Suave, pero peligroso. Claro que lo dijo en un momento de apasionamiento porque tiene arrebatos repentinos.

—Un volcán.

—Me hizo jurar que no le seguiría nunca más, y que durante unos días, hasta que me avisase, teníamos que dejar de vernos. Se limitó a afirmar que Loretta Grandpré era su ilusión suprema.

—Este músico es un cínico espantoso, ¿no?

—Es un artista dotado de mucho temperamento.

—Cuando tenga fiebre, el tal Derek necesitará un termómetro Blindado. Concretemos. Usted desea que yo demuestre a Derek que su suprema ilusión, está desenfocada.

—Exacto.

—Y que Loretta es tornadiza, voluble y gatuna. ¿Ha pensado en que existen varios obstáculos?

—Usted es detective.

—Primer tropiezo. Soy guapo, pero no tanto. Loretta, apabullada por el hercúleo Derek, despreciará con bufidos mi intento de contacto.

—Yo pensaba que usted tendría trucos para que la evidencia, aún en contra de la voluntad de Loretta Grandpré, la acusase.

—Estimada Lana Atkinson... ¿Qué edad atesora?

—Veintitrés años —dijo ella dulcemente.

Ahora, su sonrisa era un prodigio de ambigüedad.

—Veintitrés tacos de calendario, que son de alivio. ¿Conque así, tan suavemente, viene a proponerme una inmundicia?

—Le creí capaz de muchos trucos.

—Y los tengo, a su entera disposición personal. Pero el que me sugiere para comprometer la reputación, que ignoro de qué calibre es, de Loretta, tiene otro tropiezo suponiendo que aceptase. Llega Derek, temperamento de artista... Y naturalmente, según su plan, él ha de ver palpablemente, que un hombre está estrujando a su suprema ilusión... ¿no?

—Exacto.

—Y Derek, tiene uno de sus arrebatos. Se desfoga matando a alguien. A ella o a mí... Oiga, preciosa, y por si no se lo ha dicho su papi, ¿sabe usted que tiene más mala intención que una tigresa con una espina de tiburón en la garganta?

—Lo único que sé es que nada me importa con tal de que Derek pierda la fe en Loretta. Y estoy dispuesta a pagar el precio que usted me pida, sea el que sea.

—Repítamelo en "negligé" esta madrugada hacia las dos.

Lana Atkinson se levantó.

—Es usted un despreciable sujeto. No le abofeteo porque...

—Porque no me dejo. Ande, vuelva a sentarse, Lana. Fue la prueba, y

su respingo ha sido netamente sincero. Yo quise comprobar con quién estaba yo perdiendo el tiempo. Si usted me resulta fácil, entonces adiós detective y surge el hombre.

—Vine a por el detective.

—Bien, qué le vamos a hacer… Dando, pues, por concretado que Lana Atkinson es decente y que tan solo su amor hacia el afortunado granuja de Derek le ha impulsado a hacerme una oferta algo abyecta… considero la atenuante. Ya lo dice la Biblia: La mujer extraviada en dolencia de amores, pierde el buen juicio que nunca poseyó y el sentido común tan positivo en todas ellas.

Ella había vuelto a sentarse. Pero continuaba mirando con decreciente rencor de mujer ofendida al que proseguía:

—Usted desea que yo me informe de la posible hora en que Derek Murray visita a Loretta, y me cuele de modo que, al entrar, Derek Murray lance sapos y salamandras por ojos y boca, llamando infame, perversa y Cleopatra a su suprema ilusión.

—Exacto.

—Exacto o no, es un trabajito sucio.

—Loretta es una aventurera.

—¿Derek es memo o qué?

—No, ni mucho menos. Pero un hombre tarda más que una mujer en darse cuenta de la clase de mujer que le inspira primero ilusión.

—Ya lo dijo Cristina de Suecia: "Celebro ser mujer, porque así no hay peligro de que me case con otra mujer". Bien… Deme su teléfono, Laña. Cuando haya averiguado los antecedentes de Loretta, le diré si estoy dispuesto a derrumbar la ilusión suprema de Derek Murray.

Ella tendió una tarjeta, manifestando:

—Estoy con mi padre en el "Waldorf". ¿A qué hora piensa telefonearme?

—Puedo necesitar uno o dos días. Buenas noches.

Ella, en pie, miró al que estaba a su lado.

—Dígalo sin temor, Lana. No me ofendo.

—Es que me han dicho que, a veces, los privados se pasan a la parte contraria…

—Cuestión de gustos… Yo le garantizo que estando usted a la vista, no me paso a ningún otro lado. Resulta superfluo que le susurre que usted me fascina y me gusta un rato largo. Mucho más que Derek y su adorada Lulú.

—¿Cómo sabe que él la llama Lulú?

—Experiencia en casos similares. Seguramente él la llama a usted "Nana" o "Lalá". Yo conocí a una Elizabeth que se derretía cuando la llamaban "Bet-bet"… Decimos cada burrada los hombres en estado gelatinoso… ¿Y usted cómo sabe que él gime Lulú?

—Estuve lo suficientemente cerca del coche para oírle.

—Ya... Será cuestión de ir pensando en formar un Sindicato de Celosas mixtas.

—¿Mixtas?

—Gata enamorada, tigresa celosa. Si Derek sigue dejándose arrebatar por su temperamento insaciable, lo mejor será crear el Sindicato mencionado. Bien... Antes que le abra la puerta y se esfume su magistral arquitectura, me agradaría conocer los exactos términos en que la amenazó de muerte.

—Me dijo textualmente: "Si comprometes mi relación con Loretta, te juro como existe infierno en la tierra, que soy capaz de matarte".

—Perfecto. Buenas noches, señorita Atkinson.

Lana Atkinson sonrió, salió y cuando Chandler se disponía a cerrar la puerta, un agudo grito femenino detuvo su gesto.

Se oyó el desplome de un cuerno, tras que la voz de contralto de Lana Atkinson, atiplándose al chillar, exclamó:

—¡No, Derek, no!

CAPÍTULO IV

Kent Chandler cerró suavemente la puerta y descorrió la mirilla. Iba por fin a conocer a aquel insaciable amador, que usaba un sistema muy especial para reprimir los celos justificados, amenazando de muerte.

En la antesala vio a su secretaria Wilma Roberts, en pie, mirando con suma atención a los dos protagonistas, como si presenciara la escena culminante de un film de suspense amoroso.

El negrito Topsy había acudido servicial, pero el hombre del que solo percibía Chandler las amplias espaldas, decía:

—No seas truculenta, cariño. Derribaste una silla al retroceder y maltrataste tu garganta al emitir una nota que está por encima de las facultades naturales de tu fascinante voz. Eso es todo, y no le eches drama a lo que es comedia.

De lado, sentada en otra silla, Lana Atkinson reaccionó con plena lógica femenina.

—Me halaga que me sigas, Derek. Es un progreso.

Se levantó ella, porque el hombre que estaba de espaldas, la cogía de un codo, diciendo:

—En privado estarás más cómoda para burlarte de mí. Ten presente que hay intimidades que no deben airearse ante espectadores, cariño.

Hablaba con voz acariciante, pero autoritaria. Lana Atkinson, en pie, no intentó apartar la mano que la conducía hacia la puerta. Dijo:

—Soy muy libre de acudir a un detective privado para mis asuntos muy privados, ¿o no lo soy, Derek?

—Naturalmente que sí, cariño. Por completo, canino.

Topsy cerró la puerta tras la extraña pareja, y solamente entonces, abandonó Chandler su mirilla, para abrir la puerta de su despacho.

—Echa el pestillo, copo de harina. Hay trabajo para vosotros dos esta noche. Primero, dime, Wally, cuál es tu opinión acerca del fluido magnético de este visitante...

Wilma Roberts poseía una personalidad de jovencita falsamente ingenua y sinceramente llenita. Y un lenguaje repleto de vulgaridad.

Pestañeó al iniciar su explicación:

—¡Repámpanos! Cuando el fulano entró y endilgándome el foco de sus pupilazas, me dijo que esperaría, me entraron palpitaciones trepidantes. Este fulano es de la categoría de los que arrastran al Limbo a cualquier Pobrecilla soñadora. Usted va poco al cine, jefe... pero seguro que ha visto la película “Dulce pájaro de juventud”, por Paul Newman. Pues este fulano es un perfecto Paul Newman más madurito, ¿se da cuenta? Parece suave, pero narices. Es puro acero forrado de bonito terciopelo.

—Se llama Derek Murray, y es compositor. Has de enterarte de cuanto

puedas acerca de él, y procura hacerlo con pupila, porque se me antoja que carece del complejo de miramientos con el sexo opuesto. Escampa, Wally. No regreses hasta mañana. Tengo trabajo esta noche.

Wilma Roberts recogió su bolso, su chaquetón y la boina. Mientras se iba hacia la puerta, Kent Chandler volvió mentalmente a preguntarse, por qué aquella criatura tenía tanto éxito entre caballeros distinguidos. ¿Por la ley de los contrastes?

El negrito reía silenciosamente, mostrando el teclado dental.

Pidió Chandler:

—Cuéntame el chiste, copo de nata.

—Estuvo bueno, jefe… La señorita morena tenía un miedo grande y, sin embargo, el elegante caballero sonreía con cariño.

—No te fíes de las sonrisas, Topsy. Hay cariños que matan. La señorita morena reside en el hotel "Waldorf". ¿Conoces seguramente a alguien del personal del "Waldorf"?

—A Pericho, el de ascensores. Y a Crichton, el de calefacción, jefe.

—Escampa y averigua todo lo que puedas de la señorita Atkinson y su papá. Hasta mañana, a las nueve.

A solas, Kent Chandler se instaló en el sillón donde habitualmente, Wilma Roberts atendía la centralilla y las visitas, separada de ellas por un tabique de madera de un metro de altura.

Si no le fallaba el proceso deductivo, no tardaría en visitarle Derek Murray.

Miró el block de anotaciones de Wilma. En la página correspondiente a la fecha, leyó:

"A las siete, llama una tal Helen. No pudo acudir a la cita, dice, pero llamará cuando esté el jefe".

Helen Sutton que le había citado a las seis y media en Mount Morris y que a las siete…

Descolgó el teléfono.

—¿Es la Agencia Chandler? —preguntó una voz femenina.

Kent Chandler se colocó delante de los labios su pañuelo. Afinó sus cuerdas vocales para imitar el tono dulzón que Wilma Roberts empleaba con el convencimiento de que "hacía refinado".

—Habla con la secretaria en persona de la Agencia Chandler. Dígame, por favor.

—Comuníqueme con el señor Chandler.

—El señor Chandler no vendrá hasta las nueve. Me ha ordenado que deje sobre su mesa los asuntos pendientes. Yo me disponía ahora a marcharme. ¿Desea que anote su llamada?

—No hace falta. Telefonearé a las nueve. Gracias.

—A su servicio, señora.

Colgó Chandler y se dio aire con el pañuelo, tosiendo con la garganta

irritada por el esfuerzo de atiplamiento.

Desde las cinco y media de la tarde, Helen Sutton demostraba un nervioso y súbito interés por su persona.

Ahora, Helen Sutton quedaba convencida de que Kent Chandler estaría solo a las nueve, en su despacho.

Miró su reloj. Las ocho y diecisiete minutos. Fue a descorrer el pestillo, dejando solamente encendida la pantalla sobre la mesita de recepción.

Entró en su despacho, cuya puerta cerró, para ir a sentarse tras la mirilla que le había evitado numerosas sorpresas desagradables.

Sonrió porque consideraba completamente contradictorias su evocación de Helen Sutton y la maniobra a que se estaba dedicando.

Una maniobra que le había enseñado un viejo detective meses antes de ser atropellado incidentalmente o premeditadamente por un camión.

Había sacado una pistola, que parecía de juguete, porque la culata no rebasaba la cara interna de la muñeca derecha, y el plateado cañón no era más largo que la palma de la diestra.

El viejo detective que por simpatía había dado a conocer a Chandler aquel recurso, especificó que era conveniente dedicar cada noche, ante de acostarse, unos minutos al ejercicio en que todo debía funcionar como una máquina de precisión.

Dijo que era de tanta importancia vital como la gimnasia respiratoria al despertarse, y el botiquín portable.

Un hombre muy astuto, pero que no podía defenderse contra las cinco toneladas de un camión surgiendo de una esquina a toda velocidad.

Se colocó primero Chandler el anillo, pieza esencial. Por su cara externa, aquel anillo era un magnífico sello de plata labrada. Mientras la mano permaneciera semicerrada, la pistola quedaba con la culata en contacto con la cara interna de la muñeca. Entibiándose el cañón en la palma.

Pero al abrirse la mano, un gesto que no provocaba ningún recelo, el muelle que desde el anillo se unía al guardagatillo, se tensaba.

La pequeña pistola efectuaba un salto, deteniéndose al tropezar con el obstáculo de los dedos de nuevo crispados. En torno a la culata. Con el índice en el gatillo.

Un entrenamiento de cinco minutos nocturnos, daba la perfecta sincronización del muelle, viaje desde la muñeca a la palma y encañonamiento.

Era infalible la sorpresa que producía aquel pequeño juego de manos. Casi risible, porque la impresión que recibía el que se creía dominando la situación, era semejante a la del cazador viendo que la liebre, en vez de cumplir con su obligación, le encañonaba con una escopeta hasta entonces invisible.

Uno de los así sorprendidos declaró que, el efecto causado, aparte el

estruendoso de la detonación, fulminando como un rayo en el cielo azul, era el de que Chandler, “el maldito truquista”, disparaba empleando por cañón un dedo, y por balas, sus propios huesos de la mano.

Mientras su diestra seguía ejercitándose en tensar y aflojar el muelle, con el gesto que parecía provocado por un calambre, Chandler atisbando por la mirilla, se dedicó a analizar su relación con Helen.

Trataba de averiguar mentalmente, dónde encajaba la figura de Rudolf Stromberg en reciente complicidad con Helen, de los Sutton, de Park Avenue.

La había conocido meses antes, en una “puesta de largo”. Él se encontraba en la lista de invitados, por una razón profesional.

Le cobraba honorarios crecidos para resolverle al dueño de la casa un difícil asunto de chantaje que giraba en torno a una supuesta menor de edad.

Logró demostrar la mayoría, no solo en edad sino en antecedentes, de la chantajista, presente en la fiesta. Desenmascarada, después.

Bailó Chandler con una frágil y vaporosa filigrana, que le presentó el atribulado anfitrión, no sin recalcar que Helen era de los Sutton. Haciéndole pensar a Chandler que los Sutton debían de ser algo así como los “Rolls-Royce” del escalafón social.

Consideró ella muy original que aquel excelente bailarín, fuera en realidad un agresivo investigador. Y de vez en cuando, Helen Sutton le citaba para hacer excursiones por fuera de la ciudad, en busca de un parador o salón de baile, en que pudieran charlar.

Él no se ofendió cuando Helen, titubeante, le expuso la dificultad de entrevistarse en sitios donde fuera reconocida la heredera de los Sutton.

Era, pues, lógico, que le cítara a las seis y media en un paraje desierto. Pero donde la lógica brillaba por su ausencia, era que a la misma hora, apareciera un coche con un sembrador de plomo.

Era imposible que por su propia voluntad, Helen Sutton consintiera en servir de señuelo a los planes de Rudolf Stromberg, que había prometido no se iría de los Estados, hasta no liquidar al que desenmascaró su negocio, cuyo inicio tuvo lugar con el asesinato de un corredor de piedras preciosas.

¿Los “gallos” de Stromberg aterrorizando a Helen Sutton?

Dejó de manipular, manteniendo la diestra a plano sobre su muslo. La profesión de investigador requería imaginación, pero esta cualidad era molesta, antes de poder comprobar sus elucubraciones. Porque hacía más denso el laberinto.

Ya que súbitamente acababa de recordar que también a las seis y media, Vivian Murray pasaba por la Harlem Connection.

¿Helen cómplice de Derek Murray, que pretendía librarse de una esposa atosigante?

Lana Atkinson pretendía que Murray era soltero, según constaba en el

Registro Civil.

¿Por qué, entonces, Vivian se declaraba esposa del compositor? Era un dato fácilmente comprobable.

Pero antes de profundizar en el trío Vivian-Loretta-Lana, dominadas por la serenata del extraño amador de voz acariciante y autoritaria, era preciso terminar con el peligro que suponía Stromberg.

Como sentenciaba el viejo detective reducido a pulpa por un camión:

“Llevar dos casos a la vez, es como aliñar nueces con miel y pimienta. Ni se come nuez ni se digiere nada”

Miel y pimienta. Una definición bastante exacta de Helen Sutton, la que hacia las nueve telefonearía...

A menos que fuesen los “gallos” de Stromberg los que tratasen de visitar clandestinamente y, en el mayor de los incógnitos, las oficinas de la Agencia Chandler.

Kent Chandler percibió en sus venas el tibio fluir precursor de emociones placenteras, porque estaba intoxicado con una droga especial: para no aburrirse viviendo, necesitaba ver rondar la muerte.

Y aquella puerta abriéndose lentamente, empujada por mano cautelosa, desde fuera, podía ser el simbólico prólogo de una acción violenta que le permitiera entregar al teniente Murphy al cobarde y bestial Stromberg.

La puerta volvió a cerrarse sigilosamente. Solo un hombre era el visitante nocturno y cauteloso.

Se fue acercando a la segunda puerta, a cuyo lado, Kent Chandler pudo a placer detallar al visitante.

Alto, de amplias espaldas, facciones clásicas de expresión terca, ojos de un azul desvaído, como indiferentes y burlones. Reconoció a Derek Murray por el elegante abrigo de pelo de camello y el sombrero Borsalino de castor.

En la puerta repicaron los nudillos del compositor. Kent Chandler permaneció sentado.

No pensaba dedicar su atención a Derek Murray, hasta no haber resuelto el problema de la arbitraria conexión entre Helen Sutton, la niña aristocrática y Rudolf Stromberg, el acosado pistolero.

Los nudillos volvieron a repicar. Kent Chandler reprimió sus deseos de bostezar.

Era curioso que la sensación de inminente peligro le causara siempre un vacío en el estómago, incitándole a bostezar.

Derek Murray volvió a penetrar en el campo de observación de la camuflada mirilla. Se encaminaba hacia la zona en que, habitualmente, Wilma Roberts atendía llamadas y visitas.

Empujó el panel que oficiaba de puertecilla, y examinó bajo la pantalla, los diversos objetos de escritorio de la mesita. Cogió un bolígrafo y fue escribiendo sobre la hoja de un block.

Dejó caer el bolígrafo y abandonó la antesala.

Kent Chandler trató de no dejarse intuir por la envidia, al retratar psicológicamente al compositor.

Era indudablemente un hombre "difícil" de definir. Sus ojos podrían parecerle soñadores a la mujer a la que hablase de amor. Pero mientras se acercaba a la puerta, habían tenido la expresión recelosa y sádica que Chandler pudo observar cierta vez en las pupilas de un tigre a quién en el "Zoo", un supuesto gracioso arrojó una cáscara de melón. No debía ser nada melódico Derek Murray cuando alguien le importunaba. Y sería uno más de los que consideraban que los detectives privados eran seres de una fauna de granujas vividores con los cuales eran superfinas las contemplaciones.

Dominio su curiosidad que le incitaba a echar un vistazo a lo escrito por Derek Murray, en el block de notas de Wilma Roberts.

Rondaba la aguja minutera el número once, mientras la horaria rozaba el centro del redondo nueve.

Miró el aparato supletorio al alcance de su diestra, que había colocado en conexión, para no verse obligado a abandonar su observatorio cuando Helen llamase.

Un truco muy gastado. Obligar a una aterrorizada muchacha a llamar, puntualmente. Mientras, un par de fornidos sujetos penetraban y sorprendían al incauto con el auricular pegado a la trompa de Eustaquio.

Retintineó el teléfono. Lo cogió Chandler con la mano izquierda.

—¿Kent?

Era la voz de Helen Sutton. Chandler miraba hacia la puerta, que permanecía inamovible.

—Todo tuyo.

—Soy Helen.

—Razón de más. Y me alegra poder decirte que soy todo tuyo, porque tuve la mala ocurrencia de interponerme en el camino de una dama a la que alguien quería freír desde un coche.

—¿Estás… herido?

—Completamente ileso y siempre suculento.

—Es necesario que te vea con urgencia, Kent. Mi hermano no quiere creer que lo nuestro es solo una amistad.

Kent Chandler sonrió con rictus de zorro aburrido. ¿Hermano?

Una voz varonil sustituyó a la de Helen.

—Habla Algernon Sutton, señor Chandler. Le ruego acceda a recibirme con mi abogado. Es preciso dejar bien ultimado que…

Chandler atajó:

—Que pueden pasar cuando quieran. Estoy solo y hasta las diez, no salgo a cenar.

Colgó. La puerta seguía sin moverse…

No estaba mal la variante. Los “gallos” de Stromberg, al fracasar en su rociada de balas, seguían empleando a Helen Sutton, y esta vez con habilidad.

Se fingirían respectivamente, hermano y abogado. Un caso corriente, muy divulgado por la Prensa.

La honorable familia de Park Avenue, sabedora de que un plebeyo investigador, osa entrevistarse con un miembro femenino y adolescente de la casta de los Sutton, decide evitar el oprobio de que el pasajero romanticismo de la aburrida Helen termine en boda.

No estaba mal planeado. Hermano y abogado. Justificaba la aparición de dos enérgicos ciudadanos, y mientras él, confiadamente, entablaba discusiones legales y de amigables componendas, cualquiera de los dos, el que fingiese hermano o tal vez el abogado, le inutilizaría con un golpe por sorpresa.

Y despertaría delante de Rudolf Stromberg, sin que esta vez, fuese un muro el que recibiese los balazos.

Recordaba que en cierta ocasión, Helen Sutton le había susurrado que aquel hombrecillo endeble y con gafas, que bajaba de un soberbio “Imperial”, era su hermano Percival.

La puerta se abrió, y dos individuos penetraron en la antesala. Ninguno de los dos era débil ni llevaba gafas.

Entre los dos, estaba Helen Sutton, asustada.

Chandler catalogó como más digno de atención, al pelirrojo de cuadradas mandíbulas. El otro, rubio y atildado, tampoco era de desdeñar, pero, seguramente, el “activo” sería el pelirrojo.

Descorrió suavemente el pestillo, y fue a sentarse tras la mesa, adoptando una postura meditativa, abierto sobre la carpeta un manojo de folios, que le permitía apoyar en ellos la plana diestra, como pretendiendo evitar que se enroscaran cerrándose de nuevo.

Su mano zurda quedó muy visible, también, repicando sobre el liso cristal que cubría la madera.

Cuánta más luz, mejor. Pulsó los tres contactos, y el despacho quedó profusamente iluminado, a la vez que respondía a la llamada:

—Adelante, Helen.

CAPÍTULO V

Helen Sutton, diecinueve años primorosos, figuraba en las crónicas sociales con el sincero adjetivo de bonita. El cronista social no tenía que escarbarse las meninges en busca de eufemismos que paliaran la ausencia de encantos físicos.

Eran muy sobresalientes los físicos imanes de Helen Sutton. También era evidente su expresión asustada.

A cada lado, los dos hombres miraron con altivez reprobadora, al que sentado, invitó:

—Tomen asiento.

—Preferimos ser breves, Chandler —dijo el pelirrojo.

Kent Chandler rio, replicando mentalmente:

“Esto quisiera, zanahoria”.

—Casualmente, esta tarde oímos como Helen le daba a usted una cita y con ello quedó demostrado que mantiene con usted una amistad que debe cesar. Soy Kenet Mac Carey y represento los intereses legales de la familia Sutton. El caballero que me acompaña es Algernon Sutton, hermano mayor de Helen.

“Un magnífico actor, que ha fallado su carrera —sentenció para sí Chandler—. Sabe caracterizarse de leguleyo aristocrático. Ya me advirtió Murphy que Stromberg dispone de buenos “gallos”“.

—¿Y a todo eso, tú que dices, Helen? —preguntó Chandler…

Ella se había sentado, pero los dos hombres permanecían en pie.

—Yo… Me avergüenza que te traten así, Kent.

—No te apures, nena. Me consta que no vienes a gusto, y por tu voluntad, sino casi violenta. ¿O me equivoco, Mac Caray?

—Helen es menor de edad y existe una disposición de cuyo contenido legal quiero darle conocimientos, Chandler.

—Los abogados me jeringan, Mac. Prefiero oír el cuento que se trae Algernon Sutton. ¿De qué abuso me entretendrá, Algie?

El interpelado envaró aún más su corpulenta estatura.

—Consideramos ilícito su proceder, Chandler, al entrevistarse clandestinamente con Helen. Un caballero bien intencionado…

Se interrumpió, porque Chandler reía con refocilamiento de ásperas tonalidades.

—Los caballeros bien intencionados murieron a fines de la Edad Media, amigos míos. Esta farsa es pesada. Seguramente ahora me pedirán que firme, por ejemplo, haber recibido unos miles de dólares, comprometiéndome a no entrevistarme más con Helen.

—En efecto —puntualizó el pelirrojo—. He de advertirle, Chandler, que le favorecerá más no comportarse con insolencia. Puedo emplear muchas

influencias y perjudicar su profesión. La familia Sutton me ha facultado para ofrecerle cinco mil dólares, a cambio de firmar un documento plenamente demostrativo...

—Un momento. ¿Dónde he de firmarlo?

—Aquí, si quiere, o acompañándonos a mí despacho —dijo el pelirrojo.

—Ya... ¿Y por qué no han venido solos, en vez de tener atemorizada a Helen?

El rubio hundió la diestra en el bolsillo de su abrigo...

Kent Chandler crispó levemente la diestra sobre los folios.

Extrajo el rubio una cartera que echó sobre la mesa. Dijo:

—Tenga la bondad de cerciorarse de su contenido. Firme el documento que ha elaborado el señor Mac Corey y al que se adjunta un cheque por valor de cinco mil, y nos ahorraremos todos molestias desagradables. Kent Chandler empujó con la zurda la carterita.

—Prefiero no perderles de vista, amigos. Mi profesión me ha hecho muy receloso, infectamente suspicaz. ¿Por qué no han dejado que Helen viniera a solas?

—Quise venir, Kent. Pero no me dejaron. Y hazlo por mí, Kent, porque te pueden perjudicar.

—Querer no es poder, Helen. Yo creí que tu hermano se llamaba Percival, usaba antiparras y necesitaba reconstituyentes. Este nuevo hermano tuyo se trae cerca de ochenta kilos de carne bestialmente repartidos. Hazme un favor, Helen... Sal de este despacho y espera en la antesala. ¿O hay algún inconveniente, amigos?

Mac Carey tocó en el hombro a Helen Sutton.

—Obedece, Helen. Posiblemente el señor Chandler, como es razonable suponer, preferirá tratar particularmente con nosotros.

—Dio en el clavo, Mac —sonrió Chandler.

Ella se levantó, como inmensamente aliviada, y casi corrió hacía la puerta.

“Ya me creen en el saco. Y seguramente habrá un tercer “gallo” esperando fuera para retener la secuestrada”.

—Ustedes me proponen echar un vistazo a papeles... Yo les voy a proponer un juego más sencillo. Consiste en alzar las manos y entrelazarlas tras la nuca. Pierde la partida el que separa las manos del cogote, y gana el que como yo, les presenta la mano abierta.

En pie, Kent Chandler abrió la diestra, y los dos visitante miraron con repentina alarma el plateado instrumento mortífero.

—Vuélvanse de espaldas y sean buenos. Cuando les quite la artillería, estaremos todos más confortables.

Algernon Sutton giró sobre los tacones, manteniendo muy en alto los codos, pegadas las manos a la nuca.

El abogado pelirrojo, cruzó los brazos, indignado.

—¿Está usted loco, Chandler?

—Con una demencia muy particular. Me dan arrechuchos que no puedo contener y el índice se pone a apretar el gatillo… ¿No se lo explicó Stromberg?

—¿Stromberg?

—No ponga cara de canelo asombrado, zanahoria. Si habían de llevarme a ver a Stromberg, iremos de todos modos, pero usted es dos me van a servir de parapeto.

Kenet Mac Carey, imagen de la indignación reprimida, cruzados los brazos, resopló:

—Si no está usted loco, está borracho.

—Imite a su compañero de fatigas, pelirrojo, o le alojo un plomo en el alón. ¡Media vuelta, "arr!"

Kenet Mac Carey dio la media vuelta, con enérgica precisión. Brazos en alto, como implorando al cielo, proclamó solemnemente:

—Presentaré una demanda judicial y obtendré que le declaren sujeto pernicioso para la sociedad, atacado de crisis demenciales.

Kent Chandler que, por la espalda, se iba acercando a los dos hombres, manos en alto, encorvó el cuerpo, encañonando hacia la puerta.

Pero el que entraba era el teniente Clark Murphy.

Manos en los bolsillos, abullonada la camisa sobre el estómago, masticando un negro y retorcido cigarro. Saludó:

—Hola, Chandler. Y ustedes, señores, dejen de intentar lo imposible. Por más que estiren los brazos no agarraran el techo. Me llamo Murphy, de la Sección Criminal, señor Mac Carey. Respire por etapas, no se sofoque y recobre su habitual parsimonia.

El abogado resoplaba ferozmente, mirando congestionado a Chandler, que escuchaba con creciente asombro:

—Usted, señor Sutton, reúnase con su hermana. Me ha explicado ella la oferta que vinieron a hacerle a este belicoso Apolo. Es ofensivo proponerle dinero a un sujeto como Chandler. Yo certifico que no les hubiera sentado mal una paliza, ya que Chandler podrá ser Un sinvergüenza, pero no un abyecto, como suponen. No se preocupen por Helen, ya que Chandler no es ningún buscadotes.

—¡Si usted… es oficial de policía… no puede permitir que este individuo se comporte como un loco… amenazando como un gangster! —barbotó el abogado.

—Tiene atenuantes. No les tocó, y dada su profesión siempre sospecha malas intenciones en los demás. Le daré toda clase de explicaciones en el terreno que elija, señor Mac Carey. Pero le advierto que ofrecer un cheque a quién nada pidió, amenazándole con perjudicarle en su profesión puede acarrearle molestias, si se ventila públicamente, ante un tribunal. Buenas noches, señor Mac Carey. Considéreme su atento y seguro servidor.

El abogado, recogiendo la cartera echada sobre la mesa por el ausente Algernon Sutton, abandonó el despacho.

Chandler, quitándose el anillo, colocó en su bolsillo la diminuta pistola y el resorte.

—Casi me ha protegido de la calumnia, Murphy. Debería darle vergüenza andar escuchando tras las puertas.

—Ellos estaban metiendo la pata y usted los dos remos. Los honorables Sutton, y su testaferro jurídico, Mac Carey, no tienen la menor relación con Stromberg y pandilla, que a las seis y diez minutos, tras un nutrido tiroteo, ha sido detenido en la frontera canadiense. No me lo comunicaron hasta las siete y cuarenta. Había que proceder a la identificación de los cadáveres.

—¿A las seis y diez en la frontera canadiense? Entonces, no…

—Eso es. No pudieron ellos tirotearle a las seis y media en Mount Morris. Vaya pensando, pues, en otros elementos a los que usted inspire antipatía. No, no… La familia Sutton no emplea pistoleros para eliminar a un posible e indeseable yerno.

"Vivian Murray estaba en lo cierto —pensó Chandler—. Era a ella a quién destinaban la serenata de plomo".

—Tendré que examinar esta noche la numerosa lista de aquellos a los que no inspiro simpatía —dijo—. ¿Le incluyo, mi teniente?

—A ratos, no me repugna demasiado la idea de asesinarle.

—Le noto muy retozón.

—Me complace haber obtenido la redada completa en el caso Stromberg. Y medite que es mejor pertenecer a la policía oficial. A ninguno de nosotros le vendrían a ofrecer cinco mil dólares para cerrar el generador de fluido magnético y cortocircuitar el cable que inflama el corazoncito de la rica heredera. Entonces, ¿supuso usted que Helen estaba siendo empleada por los "gallos" de Stromberg? Oiga, Chandler… ¿me permite que me carcajee?

—Sí, pero no le mejorará el aspecto.

—Deje en paz a Helen, En el fondo, Mac Carey tenía razón al decirle que puede perjudicarle. Si yo supiera que usted quiere casarse con Helen, no me metería de por medio, pero usted no se casa ni consigo mismo. Ya que Stromberg y pandilla están fuera de combate, ¿por qué no presenta usted su petición de ingreso en la plantilla oficial?

—Prefiero volar con mis propias alas, teniente. Y, aunque no lo demuestre, le agradezco el haber defendido mi honorabilidad de sinvergüenza escrupuloso, ante los prejuicios de Mac Carey.

—No lo haga.

—¿El qué?

—Percibo en sus ojos un chisporroteo rencoroso. Y si bien los Sutton y Mac Carey se lo merecen, Helen no tiene la culpa de haberse enamorado

de un bribón como usted. Déjela en paz.

—¿Y si yo estuviera enamorado de Helen como un colegial?

—Usted está enamorado hace años de una sola persona: le usted mismo. ¿No tiene nada nuevo que comunicarme?

—Mi ferviente y entusiasta enhorabuena por haberme quitado la pejiguera que suponía Stromberg andando suelto. Le invito a cenar.

—Me espera mi mujer. Hasta otra, Chandler. No se moleste, conozco el camino.

—No es molestia, sino placer.

—¿Perderme de vista? —rezongó Murphy, en la antesala.

—Su oportunidad es proverbial. Si no llega usted a tiempo, estaría yo en una celda, meditando sobre los inconvenientes de agredir a un abogado y a un honorable Sutton. Hubiera sido una propaganda estupenda. ¿Se da cuenta?... “Enamorado acérrimo que desnuca a los representantes de una encopetada familia...”

Pero Clark Murphy estaba ya en el ascensor.

Kent Chandler se dirigió a la mesita para coger el bloc donde Derek Murray había escrito.

Silbó entre dientes al leer:

“Derek Murray saluda amistosamente al investigador Chandler, participándole que mis amoríos son asunto plenamente del dominio secreto. Consideraré sumamente peligroso y ofensa personal la injerencia de sabueso entremetido. Ruego encarecidamente olvide por completo a Lana Atkinson”.

Desde su más tierna infancia, Kent Chandler manifestó una tercera propensión a disfrutar llevando a cabo todo aquello que le prohibían.

Un vicio que se había consolidado con los años.

CAPÍTULO VI

Salvo circunstancias excepcionales, Kent Chandler consideraba que la hora de cenar era el único instante solemne del día.

Para quien como él, desayunaba y almorzaba con horario irregular en cualquier “snack”, constituía casi un rito, hacer reposar los músculos y el cerebro, entre nueve y once, en los tres invariables cenadores elegidos después de recorrer los muy variados templos del gastrónomo.

Los íntimos de Chandler sabían que, alternativamente, este cenaba en el “Lafayette”, cocina francesa, cerca de Washington Square, las noches que se sentía “boca fina”.

En el “Fornos” de la 52 Oeste, cuando apetecía una cena sólida, con arroz a la valenciana, pulpos a la marinera y vino tinto, las noches en que suponía que serían agitadas y efectuaría así la digestión de la cocina española.

Y las noches en que estimaba casi necesario oír comadreos, iba al “Fat’s Shore”, frente al Rockefeller Center, donde acudían las celebridades de la Prensa y el elenco de moda de la constelación del espectáculo.

El dueño, Fat, pesando un poco más de las once arrobas, no desdeñaba beber un legítimo mosto de cualquier nacionalidad, con cualquiera de sus preferidos clientes.

Para Fat, Chandler era un pintoresco aspirante a muerte violenta. Lo mimaba personalmente, oficiando con solemne dignidad, como en un velatorio.

Acudió con extraña ligereza para su peso, y como siempre, le dio a Chandler, la impresión del anuncio de los “Michelin”, dotado de hélices en los tacones.

Imperiosamente llamó Fat a uno de los camareros.

Y dictaminó:

—Sopa de tortuga, “andouilletes” de la casa, seso al kirsch y media de Borgoña-Pully 58.

Tomando nota, se alejó el camarero. Fat comentó:

—En noche de estrenos acude poco sibarita, señor Chandler.

—Lo celebro, porque así comprobaré de nuevo la resistencia de las sillas, pontífice estomacal.

Fat se sentó, mirando con ojillos vivaces a los comensales, distribuidos espaciadamente por el amplio salón de tres rellanos.

—¿Conoce a un compositor llamado Derek Murray, Fat?

—Muchos empresarios se han disputado el relativo honor de llevarse en exclusiva “Primavera Triste” “Risueño Otoño” y “Serenata para Tigresas”. Obras de Murray.

—Conque “Serenata para tigresas”, ¿eh? Se ve que las hipnotiza.

—Hay críticos que califican a Murray como el Debussy del jazz. Personalmente lo ignoro, y no debe ser selecto en la mesa, porque aquí nunca hizo acto de presencia.

—¿Es buena su música? Usted entiende.

—Da la impresión de un espíritu atormentado y vierte arpegios que son degeneraciones casi sinfónicas. Algo así como si el compositor empezase con el propósito inspirado de crear una gran sinfonía y, llevado de imperativos comerciales, abandonara el impulso inicial para prostituirse en lo fácil. Como si yo, en vez de garantizar la confección de esta sopa que usted paladea, me conformase con adquirir botes de conserva, renunciando al esfuerzo que exige la continuidad de la creación.

—Es usted epopéyico, Fat. ¿Conoce a un forastero llamado Atkinson?

—Si se refiere al mayor Atkinson, se honra acudiendo alguna que otra noche a este templo de Lúculo. Su hija no puede olvidarse una vez vista. El mayor es británico y su hija nació en Shingapur.

—¿Y un tal Kenet Mac Carey?

—Un abogado enfático y engreído. Es asesor de varias familias aristocráticas. Personalmente, no me gustaría tenerle por enemigo. Hoy defiende intereses legales. Ayer hubiera defendido a Lucky Graziano. Tiene el espíritu de la contradicción y considera ofensivo que, alguien se atreva a discutirle cualquier aforismo. Han corrido rumores de boca a oído, según los cuales, el abogado Mac Carey dispone de un par de matones para convencer a los reacios. Este Borgoña tiene toda la gracia francesa. No es fuego de artificio ni empasta y tiene cuerpo. A su salud, señor Chandler, deseándosela lo más larga posible.

—Brinda usted como en una clínica y ante un comatoso, Fat.

—No lo puedo remediar, pero me duele presentir su brusco y juvenil final, señor Chandler. Permítame… Tengo que vigilar el plebeyo paladar de Sandra Roo.

Fat se alejó con grácil desplazamiento hacia la mesa que acababa de ocupar una rutilante estrellita, ex camarera.

A las diez y cuarto, un camarero vino a enchufar un portable, tendiendo el aparato a Chandler.

—Su secretaria, señor.

Chandler sabía que solo en casos urgentes, Wilma Roberts le importunaba en la dorada modorra digestiva.

—Pacíficamente a la escucha, Wally.

—Venga cuanto antes, jefe. Estoy en Riverside, en un observatorio fenomenal. Ha entrado el fulano músico, en la casa número 167, residencia de Lulú. Y por el jardín, ronda una rubia con malas ideas. Me he instalado entre una columna y un jarrón, en la terraza, cara al río. La rubiales está espiando. He saltado en una carrerilla, para telefonear. Regreso al observatorio. La cosa está que arde, jefe.

Kent Chandler fue saliendo de su sopor digestivo. Derek Murray visitando a Loretta Grandpré, y Vivian Murray espiando...

Realmente, como decía la gráficamente vulgar secretaría, “la cosa ardía”.

* * *

En la espaciosa y señorial Riverside, la numeración entre el 130 y 180, correspondía a chalets que constantemente Cambiaban de inquilinos.

Era zona de predilección de los turistas que pensaban pasar unos meses en la metrópoli de los grandes éxitos y fracasos: cantantes, artistas, pseudo inventores, aventureros de categoría...

¿Quién sería Loretta Grandpré? iba pensando Chandler. Tenía que estar dotada de un gran poder de seducción, cuando lograba convertir en un apasionado romántico a un veterano.

Un veterano que tenía por esposa a la rubia Vivían y por novia a la morena esplendente y, procaz sin proponérselo, Lana Atkinson.

El 167, como todos los impares, se alineaba a la margen del Hudson Norte. Pertenecía al estilo falsamente suizo, de techos picudos, y tenía también como sus colindantes, un conato de jardín en torno.

Había bastantes coches aparcados. Los fugaces turistas, en su intento de conquistar la capital del “Éxito Arrollador” desperdigaban tiempo y dinero, tratando de ganarse la alianza de los que movían los hilos entre bastidores: críticos, empresarios, financieros, abogados...

La casa número 167, no transparentaba luces ni ecos ruidosos. El seto lateral formaba una separación de metro escaso, con el seto de la vecina casa.

Kent Chandler anduvo aquel sendero, hasta llegar a la fachada posterior, “servicios, garaje y vista al río”, como pregonaba la agencia de alquileres, antes de añadir “pago anticipado por un año completo”.

Una puertecilla, también destinada a servicio, estaba descuidadamente libre del cerrojo interior. La empujó.

Diez metros de patio empedrado le separaban de la terraza posterior de cuatro columnas, engrosadas en su base por un ventrudo jarrón con palmeras artificiales.

La entrada a las dependencias de servicio, estaba cerrada y sin luces interiores. Entre dos columnas, un halo de luz rojiza manaba de una cristalera de cortinas mal ajustadas.

Aquel debía ser el observatorio.

Chandler perdió dos minutos palpando el estrecho espacio de aire entre jarrón y columna. Cuatro espacios sin la repleta y lozana anatomía de Wilma Roberts.

¿Le vio llegar y abandonó su observatorio? La olvidó... Nunca había

sentido tantos deseos de conocer a una mujer, como los que le inspiraba Loretta Grandpré, por nombre Lulú.

El cristal estaba frío en el espacio más luminoso. Las entreabiertas cortinas permitían divisar un rectángulo. Una mesita rutilante de plata y cuatro velas en candelabro macizo.

Una espalda femenina blanca, cortando el color malva de un vestido de noche, o de una bata. Una cabellera caoba, retorcida sobre la nuca en moño griego, y el bajo respaldo del sillón formaba un cerco a media espalda. La cabellera vibraba, porque su poseedora debía estar riendo. Enfrente, Derek Murray, risueña la expresión, alzaba una copa de plata y debía estar diciendo algo chistoso.

Una cena galante, que hubiera firmado un ilustrador del “Squire”.

Kent Chandler no olvidaba vigilar en torno. Podía de un momento a otro surgir la rubia, que según Wilma Roberts, llevaba “malas intenciones”. ¿Y dónde diablos se había metido Wally?

Manoseó el pomo, porque le interesaba ser, además de mirón, oidor. Pero el resorte obedeció solamente hasta el límite permitido, sin abrir.

La mujer de espaldas resultaba un acuciante misterio para Chandler. ¿Dónde residía su poderoso imán? Los torneados brazos tenían indolencias de liana carnosa y la nuca era atractiva, pero no bastaba para justificar la “suprema ilusión” del compositor.

Derek Murray se levantó y vino a sentarse en el borde de la mesa. Su diestra acarició el cabello caoba. Y súbitamente, la más densa negrura invadió el comedor.

Chanciller parpadeó repetidamente. ¿Discreción y pasión en las tinieblas, provocadas por Loretta? Las cuatro velas del candelabro, debían ser eléctricas y bastaba con pulsar un botón en la base.

Pero Derek Murray no era ningún tímido que precisase de la complicidad de las tinieblas, ni tampoco debía serlo Loretta.

Chandler previno una fracción de segundo después, el recio contacto científico en la base del cráneo. Su frente chocó con el cristal, y se sumió arrodillado en un negro horizonte surcado por repentinos fulgores de miríadas de estrellas.

Algo tibio le goteaba por la nariz y sentía en la boca un sabor a hierro y sal. Un sabor conocido, de sangre propia...

Estaba arrodillado y comprendía que la sangre que resbalaba por su nariz, se debía a varios cortes de la frente, que al chocar contra el cristal, lo había desmenuzado.

El sabor en la boca era resultado del “golpe de conejo”. Quién fuese, no había querido eliminarle, sino privarle del sentido el tiempo suficiente para huir...

Frente a él, las tinieblas. Se incorporó trabajosamente, pasando la diestra por el espacio abierto con la frente. Encontró la manija y ahora sí

que giró el cierre por completo.

Recordó que tenía que comprar una linterna para sus nocturnas excursiones. De momento, lo que le urgía era quitarse los alfileres que mortificaban su nuca.

Tanteó hasta cerciorarse de que estaba palpando una mesa. Derribó algo, pero al final encontró la maciza base del candelabro y un resalte que presionó sin resultado positivo.

Necesitaba luz y algo para beber. Avanzó preparado a esquivar la cara contra cualquier posible agresión alevosa. Su mano recorrió una larga pared y por fin tropezó con una hilera de interruptores.

Pulsó uno, y brotó luz al fondo del vestíbulo en que se hallaba. Se encaminó hacia la abierta puerta de acceso a un lavabo.

Al borde del marmóreo recipiente, se miró en el espejo. Los cortes carecían de importancia. Buscó en el pequeño armario marcado con una cruz roja y restañó la sangre con una gasa empapada en alcohol.

Cortó dos tiras de esparadrapo y, al adherirlas, reflexionó que aquel silencio resultaba amenazador.

¿Apagó Murray las luces para golpearle a traición? ¿Qué hacía mientras, Lulú?

El servicio debía ser diurno, pero aquel silencio absoluto empezaba a arañarle los nervios.

Atravesó de nuevo el vestíbulo y fue bajando y subiendo palancas hasta atinar con la acertada. La luz inundó el comedor.

Entró para mirar con ansia los frascos de cristal de roca, tallado, con base en vaina de plata.

Aquel que transparentaba líquido ambarino era el adecuado y nada mejor que el coñac para quitar aquel mal sabor de boca que los enjuagues con agua no lograban desvanecer.

Al contornear la mesa y tender la diestra hacia el frasco de coñac, permaneció como paralizado.

Había visto muertos de todas clases, desde ceñudos pistoleros rabiosos hasta coristas angelicales.

Achacó a sus nervios, el vibrante respingo que le produjo el ver por vez primera a Loretta Grandpré, la seductora Lulú.

Echada hacia atrás, tenso en arco el blanco cuello, caídos los brazos. La “suprema ilusión” de Derek Murray, parecía reír.

Pero era un rictus estereotipado por la muerte.

Y no era una flor, la roseta incrustada en el escote, bajo y amplio. ¿Balazo o acero?

Lo indiscutible, reconoció Chandler, es que había muerto en el acto. No había luchado, ni tenido espasmos agónicos.

Chandler vació por tres veces seguidas, una copa repleta de coñac. Después, fue pasando un pañuelo por cuantos lugares había tocado. Se

sentó en el sillón ocupado poco antes por Derek Murray. Miraba el orificio con el coágulo sanguinolento.

¿Cómo coordinar las repentinas tinieblas, el golpe en la nuca y la muerte de Loretta Grandpré?

Sintió arcadas en la boca del estómago. Un corte de digestión.

Se levantó con deseos de gritar. ¿Quién le estaba acechando? ¿Es que no había en toda la casa más que una muerta y un imbécil que se creía detective?

Salió al vestíbulo y miró la mesita con el teléfono. Era su obligación llamar al teniente Murphy. Era su obligación. Pero pensando en Derek Murray, que acariciaba y después abandonaba a una hermosa mujer muerta, decidió que su obligación consistía en verse frente al compositor, oírle explicar lo inexplicable…

Abandonó la casa, completamente convencido de que su cerebro estaba incapacitado para reflexionar con sensatez.

—Maldita seas, liosa del demonio.

Su epíteto iba dirigido a la invisible Wilma que le interrumpía una agradable digestión, para meterle en un espantoso lío.

Empuñando el volante, rio con mueca dolorida. Por lo menos, esta vez no había dejado abandonado su sombrero.

Condujo con precaución, porque de vez en cuando percibía un vahído acometiéndole desde el epigastrio hasta el occipucio, en recorrido breve, pero intenso. Como un latigazo que le llenaba de trémulos sudores.

Necesitaba dormir y olvidarse de compositores, tigresas celosas, abogados vanidosos, sopas de tortuga, borgoñas con cuerpo y una rosa de sangre coagulada bajó un seno de Afrodita.

No era un superhombre. En el elevador del garaje del edificio con departamentos para solteros, volvió a agarrotar las manos en el volante.

El ascensor le reproducía el vahído y el latigazo. Abandonó el coche y le costó trabajo encontrar la cerradura de la puerta que daba acceso a su departamento.

Todo era discreto en aquel edificio. Se fue desvistiendo a tirones, hasta que, desnudo por completo, se internó entre las sábanas, olvidándose de abrir la ventana y cerrar la calefacción.

CAPÍTULO VII

Un diablillo burlón agitaba junto a su oído derecho una campanilla. Y una complicada música le barrenaba las sienes, mientras Derek Murray, alzando una copa de plata, gritaba:

—¡Soy tan complicado como la música dodecafónica, ignorante sabueso!

Y golpeaba la copa de plata con una batuta de cristal rojo.

Chandler se incorporó de un salto. Aquel modo de despertarse, le produjo una contracción de cuello, recordándole el toque nocturno en la nuca.

Tendió la diestra y cesó el teléfono de repicar.

—Buenos días, jefe.

Chandler tragó saliva repetidamente. Wilma Roberts proseguía con alegre entonación:

—Como a lo mejor tiene interés por oírme contar noticias descomunales, me he agarrado al primer teléfono que estaba a mano y...

—¡Y ya estás viniendo, condenada criatura! Al instante, maldi...

Prefirió aplastar la horquilla. Pasó a la ducha.

Se encontraba ya serenado, cuando el montacargas le presentó el desayuno solicitado. La sal de frutas, combinada con jugo de naranja, era un bálsamo de optimistas efectos.

El jugo de tomate con dos gotas de ginebra y nueces trituradas, completaba la puesta a punto del organismo baqueteado. La taza de café epilogal, era la espuela revividora.

Se acabó de vestir y pasando al recibidor, decidió mentalmente que era preferible tascarle el freno a los nervios. Abrió al oír el timbre, y forzó una sonrisa de acogida a la que, entrando, manifestaba:

—Parecía usted de mal humor, jefe. ¡Canastos! ¿Le arañó una gata? Tiene ojos de haber trasnochado, ya me entiende... Ojeras que le llegan hasta el mismo cogote.

—Te he invitado a venir aquí porque es el único sitio donde no puedo asesinarte con coartada. No abuses de mi benevolencia, o de mi atontamiento, Wally. Siéntate y desembucha. A las diez y cuarto me telefoneas al "Fat's" y acudo como un rayo. Te busco y narices.

—¡Vaya! Ya comprendo ahora por qué está enfadado. Pero me felicitará al saber que evité un asesinato.

—¿Sí? ¿Cuál? ¿El tuyo?

—Relataré los sucesos por el orden que usted llama cronológico y que yo supongo significa... Bueno, voy al asunto, jefe. Usted me dijo que siguiera a Derek Murray, el fulano que atonta con la mirada y me dijo que me cuidase. Bien, pues salgo de la oficina y me paro a pensar cómo

demonios daré con el fulano. Para ayudarme el encéfalo, me cuelo en el snack frente a la oficina, y me soplo sucesivamente un par de “hots”…

—Tus menús me repugnan. Aligera.

—Terminando de secarme los labios, ¿a quién veo? Al fulano entrando en nuestra hogareña agencia. Lo reconocí por el abrigo, de esos tan difíciles de llevar, si no son altos y anchotes… Voy al asunto. Alquilo un taxi y cuando sale el fulano y se mete en otro taxi allá vamos todos. Baja en Riverside y a pie, llega al 167. Despido el taxi y me cuelo, justo cuando el fulano le hace cosquillas a la caoba. Y oigo un taconeo disimulado. Me incrusto entre jarrón y columna. Veo a una rubia con abrigo de marta. La rabia se acerca y manosea un bolso. ¿Qué iba yo a hacer? Escampé suavemente y le pegué el telefonazo. Regresó, y me encuentro a la rabia, que estaba ya decidida. Había dejado caer el bolso y estaba sacando un pistolón. Me jugué el bigote.

Kent Chandler emitió una risa cansina. Parecía siempre mentira que aquel rostro lozano de labios casi infantiles, fuera portavoz de tanta vulgaridad.

—Pongamos que te jugaste el tipo, muchacha.

—Le siseé a la rubia, que pegó el salto padre y me encañonó con el pistolón. Gracias a la columna, me sentí valeroso. Ella se aproximó y yo tuve un rapto de elocuencia. Le dije textualmente: “Ningún condenado marrullero aunque sea pura música, vale la pena que una vaya a la cárcel”. Ella estuvo un rato como alelada y yo remaché: “Agencia Chandler, a su servicio”. Respingó y pareció serenarse.

—El influjo benéfico de mi nombre opera maravillas.

—Ella me dijo toda tierna: “¿La envía el señor Chandler?” Y yo repliqué: “Eso es. Y como no va a tardar en venir, vámonos a casita, ¿quiere?” Ella me siguió con docilidad, como una tigresa que, ansiando morder, se ha arrepentido. Salimos a la avenida, y le pegué un berrido a un taxi. Me dio ella su dirección, y allá fuimos. Casi nada… En la calle 58, tocando con Central Park, lujo y quién lo trujo. Me prometió ser buena y meterse en camita. Le aseguré que estando usted vigilando el caso, todo terminaría bien. Y oiga, ¿sabe quién era la rubia?

—Dilo ya, tesoro.

—Vivian Murray, la esposísima del fulano. ¿Cuándo me sube el sueldo, jefe mío?

—El próximo 30 de febrero. ¿Has leído la Prensa?

—Lleva lo de siempre. Para mí. Titulares de sucesos, notas sociales, las andanzas de Soraya, el yate de la Callas y…

—Algo tuviste que ver referente a la casa número 167 de Riverside.

—Ni una letra.

—Escampa y llegando, dile a Topsy que te dé por escrito cuanto haya averiguado sobre los Atkinson. Me entregas el informe este mediodía en el

"Ginger Shacked". Y no sabes nada de nada.

—Como siempre, amén. Ya me decía mi padre que mantener la boca cerrada es el mejor medio de que...

—Hasta luego, bebé.

Y Chandler empujó a su secretaria, cerrando la puerta. ¿No publicaban los periódicos nada sobre Loretta Grandpré?

Posiblemente, solo hacia las nueve, la mujer de la limpieza encontraría el hermoso cadáver.

Salió a la calle, dispuesto a caminar. Necesitaba ejercicio para despejarse y tener el seso lo más despierto posible.

Había prometido telefonear a Vivian, pero juzgaba preferible emplear el método directo. En la calle 58, según el listín, los Murray habitaban el piso 15 del número 766.

Entró en el ascensor. Un ascensor que por un instante, al elevarse, le hizo encoger el cuello y sujetarse el cinto.

El piso quince tenía cuatro apartamentos. En el "3 A", una doncella, por la cofia y el delantalito, presentó su redonda faz negra.

—La señora Murray me espera. Me da igual si quiere recibirme el señor Murray.

La negra se esfumó tras señalar en vago ademán el recibidor. Kent Chandler abandonaba toda astucia. Señal de que existía latente cierta animadversión personal hacia el músico.

Apareció Vivian Murray. Debía haber dormido mal. El suéter gris, la falda escocesa y las sandalias la hacían muy deportiva. Un verdadero cromo de femenina felinidad, opinó Chandler.

—Ya sé que convinimos en telefonear solamente. Pero su compositor de marido me dejó anoche una notita, amistosa según él, y vengo a devolvérsela.

Ella abrió una puerta lateral y Kent Chandler entró en una saloncito muy primaveral. Vivian Murray se sentó en un escabel sin respaldo, y dijo inquieta:

—Desde que su secretaria me acompañó aquí, no he vuelto a ver a Derek. Nunca pasaba una noche fuera, sin comunicármelo por teléfono. No lo hizo. Y he estado esperando... Creí que usted me traía noticias suyas. Ya que su secretaria me aseguró que usted vigilaba.

—Fui a atisbar. Pero antes, hemos de pactar una sinceridad que estimo muy necesaria. ¿Pretende hacerme creer que le caen tiestos, la persiguen coches desbocados y la acribillan pistoleros, simplemente porque no accede a divorciarse?

—Descubrí un secreto que justifica que Derek quiera matarme.

—Veamos.

—No puedo revelarlo.

—Ya estamos demasiado metidos en confidencias, para que ahora nos

echemos atrás, Vivian. Anoche, si no interviene Wilma oportunamente, usted dispara. Le resulta ya un infierno en la tierra, tener que esperar aquí el regreso de un hombre que si emplea asesinos a sueldo, solo puede inspirarle odio.

—Derek es irlandés y de temperamento apasionado, pero me resisto a acabar de convencerme de que pretende matarme.

—Se convencerá cuando despierte entre coros de angelitos tocando la serenata celestial para corderas muertas. ¿Dónde tuvo la fatal idea de casarse con Derek?

—Nos conocimos en Jamaica. Nos casamos en Miami.

—¿Cómo es que en el registro de esta ciudad él figura como pagando impuesto de célibe? Más claro. Consta que es soltero.

—El hizo las inscripciones.

—Por consiguiente, es un desaprensivo cónyuge, al que puede acusarse de falsedad en documento público y legal, y si no lo hago es porque acaricio una meta más elevada: acusarle de asesinato.

—¡No! No puede… Porque cuanto yo he explicado, serán fatalidades, coincidencias… Usted mismo admitió que ayer los que dispararon podían ser enemigos de usted…

—Escuche, Vivian. A las diez y treinta aproximadamente, su esposo acaricia los caobos ricitos de Loretta. Se apagan súbitamente las luces, y alguien me atiza un mal golpe conejero en el pescuezo. Cuando vuelvo a tener nociones de quién soy y dónde me encuentro, voy tanteando, enciendo la luz y conozco a Loretta. Estaba solita… y muerta.

Una expresión de infinito horror dilató los verdes ojos femeninos. Prosiguió Chandler:

—Su marido no aparece y yo permanecí a solas con la muerta, hasta que comprendí que allí no resolvía nada. Y ahora pregunto yo: ¿Su marido es un maniático sexual, aspirante a la camisa de fuerza? Porque la cosa la veo clara. Si no mató a Loretta, ¿por qué desaparece?

La expresión femenina de horror aumentó. Y comprendió Chandler que no era producto de su revelación, aquel progreso de pánico.

Un espejo devolvía la silueta en el umbral.

Chandler giró sobre sus tacones y Derek Murray dijo amablemente:

—Será mejor que me esperes en la galería, querida. Luce un sol espléndido. Has comprendido ya que el señor Chandler posee una portentosa imaginación. Gracias, querida.

Ella, se levantó, como fascinada, para caminar con pasos de autómata hacia el que, gentilmente, le acarició una mejilla.

—No te inquietes, querida. Te prometo una segunda luna de miel pletórica de evocaciones.

Ella casi huyó en su salida, y cerrando la puerta, Derek Murray siguió siendo un amable y guapo galán maduro, pero de juvenil mirada brillante

y sardónica.

—No crispe los músculos, Chandler. Tengo por norma de cortesía no romper en mi casa ni objetos ni rostros. Realmente, usted es un entrometido de marca mayor. Creí que atendería mi petición escrita, y me telefonea Sarah, la doncella que le abrió, para comunicarme que un descarado desconocido anunció que tanto le daba entrevistarse con Vivian como verme a mí.

—Creo que ambos somos finalistas del torneo de descaro apabullante, Murray. Y ya que tiene la magnanimidad de perdonarme la vida, porque sus oídos de fabricante de charangas no resisten ruidos disonantes en su domicilio, ¿continuamos charlando aquí o salimos fuera?

—Por el momento, estamos más cómodos aquí.

Kent Chandler continuó reclinado contra la falsa chimenea. Derek Murray eligió cuidadosamente un caramelo acidulado de una cajita de cristal, cuyo peso evaluó mentalmente Chandler, diciendo:

—Ayer me visitó Lana Atkinson. Plenamente convencida de que usted es soltero.

—Allá ella y yo, ¿no le parece?

—Si fueran los dos solamente los que se lo creen, allá pelillos. Pero el papá de la niña, con precavida intención, fue a hojear el registro y salió tan campante, convencido de que podía usted legalmente aspirar a ser su yerno. ¿Qué les da que las atonta? Y por lo visto, además las mata.

Derek Murray, con un carrillo levemente abultado, entornó las largas pestañas. Comentó afable:

—Me acerco al crepúsculo y es lógico que intente exprimir el agridulce fruto de los amoríos, antes de dedicarme plenamente y como es debido, a mí esposa.

—Demos por exprimida a fondo a Lana, que de la emoción casi se desmayó al verle aparecer. ¿Qué me cuenta de Lulú?

—Su indiscreción es chocante. No veo la razón por la cual tengo yo que informarle de mis escarceos falderos.

—Apostaría cien a uno que ya en la escuela de párvulos le dieron el diploma del aplomo cínico, Murray.

—Me dijo el maestro que ya estaba concedido con diez años de adelanto a un tal Chandler.

—Debido a que no soy una nena romántica, a mí no me produce desmayo ni alteración cardíaca, flautista.

—Pianista, pianista.

—Tal vez consiga sacarle de su odiosa calma indiferente, enterarse que yo presencié cómo se apagaban las luces de un candelabro en el comedor del 167 de Riverside.

Derek Murray escogió otro caramelo, de color de fresa. La paladeó al sentarse. Con las manos hundidas en los bolsillos de su americana de pana

gris, Alzó las pestañas.

Su mirada tenía reflejos de sonriente sadismo.

—Está usted rebasando los límites discrecionales otorgados a la ralea de venales sabuesos entrometidos, Chandler.

—No lo dudo y me encanta. Porque olfateo a un podrido sinvergüenza asquerosamente valiente con las mujeres, Murray.

—He de llamar su atención, joven cretino, sobre un axioma que preferiría no demostrarle prácticamente. Desde la ventana a su lado, hasta la calle, hay una distancia de quince pisos. Y no lleva usted paracaídas.

—Observe cómo me tiemblan las rodillas. Acérquese para acariciarme el pelo de la nuca y el que sale por la ventana no seré yo.

—De momento, la distancia entre nosotros, es la prudencial. De usted dependerá que rompa con mi cortesía domiciliaria. Prefiero advertirle lealmente que, además del piano, practico a diario otras artes más contundentes.

—Como por ejemplo, la que anoche saboreé. Cuando me largó un piñazo en pleno cogote.

—Se equivoca, querido sabueso. Si me decidiese a entablar contacto con su anatomía, no me bastaría ni satisfaría un simple puñetazo en su nuca.

—Ayer, mientras quedaba el comedor a oscuras, alguien me golpeó. No fue Loretta. Yo solo recuerdo haber visto a un tipo, que al hacerse de nuevo la luz, había desaparecido.

—¿No se le ocurrió pensar que dicho tipo pudiera haber ido sencillamente a reparar la avería de la luz?

—¿Sí? ¿Y quién repara ya a Loretta?

—¿Es que le sucede algo a ella?

—Valiente canalla está usted hecho —rezongó Chandler entre dientes. Dio un paso adelante. Murray permaneció sentado, pero extendió las piernas. Dijo:

—Un insulto que demuestra su cretinismo, joven imbécil. Solamente existe en el mundo, una persona que tenga el derecho a hacerme reproches, y es mi esposa.

—Existen también otras personas llamadas policías, fiscales, jueces y verdugo.

—Que gozan de mi mayor simpatía como defensores de la legalidad.

—Usted es un caso de carota increíble… Le consta perfectamente que Loretta Grandpré ha muerto y no de defunción que un médico pueda certificar como natural. Murió en el lapso de tiempo que transcurrió desde que se apagaron las luces hasta que desperté del letargo consecuente al trompazo recibido.

—Su deber es ir a la policía, Chandler. Pero me temo que le repetirán que además de cretino es usted un sabueso sin olfato. Me preocupa usted,

Chandler. Si se dedica a visitar domicilios lanzando acusaciones de asesinato, supongo que dispondrá de un seguro que pague su internamiento en clínica. No quiero que me presente sus excusas, ni presentaré denuncia contra su injurioso proceder. Me limito solamente a rogarle por última vez que aparte sus malditas narices de mis asuntos.

—¿Sus asuntos? ¿Consisten en escabechar enamoradas?

—Por una vez y sin que sirva de precedente, consiento en ayudarle a salir de su neblina cerebral. Vaya al “Lloyd’s”. Le informarán que en el “Betancuria”, zarpó rumbo a Kingston, Jamaica, la señorita Loretta Grandpré, esta madrugada, a las seis, camarote de lujo serie “B”, número 6.

—¿Metida en un ataúd? Usted se las sabe todas… Pero yo con mi juvenil cretinismo, sé distinguir si una persona está en condiciones de viajar por su cuenta. Loretta Grandpré, ayer noche, a las diez y media, estaba muerta.

—Cumpla con su mejor entender, y lárguese a informar a la policía. Ya le he dado bastante cuerda, amigo.

—Poca, poca, me largo tan pronto me explique dónde andaba usted metido, mientras yo le buscaba por la casa de Loretta.

—Al apagarse las luces, la besé y me despedí. No quise seguir siendo cruel con Vivian. Y sacrificándome, decidí renunciar a Loretta. Pasé el resto de la noche, insomne por el sacrificio, en un parador montañero.

—Miente usted en forma tan odiosa, que me complacerá demostrarle que no soy tan cretino como opina. Lamentará haber exhibido esta dosis masiva de cinismo abrumador, Murray. Voy a dedicarme gratuitamente a tejer la alfombrilla que le llevará de cabeza a una celda.

—Si es de manicomio, ya le llevaré un tablero de ajedrez. Ande, lárguese, cretino.

Era tan exasperante la calmosa actitud indiferente del compositor que Chandler perdió los estribos.

Saltó hacia delante y truncó su abalanzamiento, para esquivar la doble patada del hombre sentado. Aquella esquiva le hizo perder un segundo, su equilibrio.

Un segundo que aprovechó Murray para saltar en pie y no precisamente en la dirección frontal que el detective esperaba.

Lanzó Chandler un escalofriante gancho. Se mordió los labios, no ya por el dolor del puñetazo en el aire, sino porque a su espalda, Murray le alzaba la muñeca izquierda adhiriéndola a sus omoplatos.

Y su muñeca derecha quedaba inmovilizada en llave de presa yudoka.

—Se lo buscó, Chandler. Veo que conoce este atémi nipón. Sabe que en caso de moverse, la clavícula se le desencajará. Camine hacia la salida, por favor.

Kent Chandler caminó hacia la salida, Rebosaba afanes sanguinarios,

pero reconocía que por el momento estaba plenamente a merced de aquel odioso sujeto dotado de atlética agilidad.

Llegó a la puerta, seguido a centímetros por el que le mantenía las dos muñecas atrás en doble presa insoslayable.

La criada negra abrió la puerta, con rostro inexpresivo.

—Puede retirarse, Sarah. El señor se va.

La negra desapareció en el interior del pasillo.

—No me guarde rencor, Chandler. Medite solamente que la próxima vez que vuelva a inmiscuirse en mis asuntos privados, no saldrá a un rellano sino que aterrizará en una clínica.

El empujón que le liberó las dos muñecas impulsó a Chandler varios pasos en el rellano. La puerta se cerró.

Chandler se acarició el brazo izquierdo, lleno de procesiones de hormigas subiendo y bajando. Gruñía resoplando. Los verdugos chinos le parecían hermanitas de la caridad, comparados con él, cuando pudiera disponer por unos minutos de aquel odioso...

La puerta se abrió y una negra mano arrojó al suelo un sombrero tirolés, cerrándose inmediatamente.

Chandler recogió su sombrero. Iba serenándose. Hacía tiempo que no sentía aquel furor homicida. Bajando en el ascensor recordó la máxima oriental: “La venganza es un plato que ha de saborearse en frío”.

Entre dientes, mordió las palabras al modificar la máxima:

—La venganza es un plato compuesto de pulpa facial de pianista irlandés, aliñada con huesos machacados y picadillo de hígado Murray. “Sírvase bien helado”.

¿Quería guerra el condenado cínico yudoka? La iba a disfrutar y con toda clase de emboscadas y golpes de mano.

CAPÍTULO VIII

Cruzó para ir a sentarse en uno de los bancos del lindero sur de Central Park. Era absurda su primera intención de regresar al piso, tomarlo por asalto y entablar una lucha sin cuartel.

Tan absurdo como su intención de ir a visitar al teniente Murphy. Una visita que tendría ribetes de cobardía.

Necesitaba coger por el cuello a Derek Murray… Una vez bien sujeto de muñecas, y refregarle las narices sobre pruebas abrumadoras. ¿Qué le estaría ahora contando a Vivian?

Bufó desdeñoso. Una mujer enamorada comulga con ruedas de molino. Adoptó en un rápido salto, la postura del boxeador en guardia.

Pero el choque en su espalda era debido a un balón que un niño vino a reclamar imperiosamente:

—¡Ey esta pelota es mía!

Chandler pensó en el inteligente Herodes mientras lanzaba el balón. Llamó a un taxi y subiendo indicó:

—167, Riverside.

Pensaba encontrarse con el acostumbrado cordón policial pretendiendo contener a los curiosos, y dejando solo filtrarse a los chicos de la Prensa.

Mientras el taxi se alejaba, contempló a la luz del día el chalet. Allí reinaba la paz y la normalidad. Ventanas abiertas, muebles enfundados…

Desfiló por el angosto camino entre los setos, y al llegar al posterior, contó las cuatro columnas con cuatro jarrones maceteros, conteniendo palmitas artificiales.

Llegó ante la conocida puertecilla, que se abrió dócilmente al empujón. Una mujer canosa apareció en la terraza, secándose las manos en su delantal.

Estaba precisamente ante la ventana, cuyo cristal inferior rompió él, arrodillándose contra su voluntad.

—Buenos días. Deseo ser recibido por la señorita Grandpré.

—Se marchó esta madrugada, señor. La casa está por alquilar, si es que le interesa.

—No me dijo ella que iba a irse así tan de pronto.

—Tampoco a mí.

Ya en la terraza, pestañeó Chandler. No había cristal roto.

—Me gustaría ver la casa.

—Enseñarla es mi obligación.

Ella abrió el ventanal, ya que Chandler se dirigió hacia él. Era el comedor donde había bebido tres copas seguidas de un coñac de alta graduación.

Los muebles, en sus fundas, parecían sudarios.

Y el cristal había sido repuesto recientemente, cómo pudo comprobar al deslizar el dedo por el mástic.

—Es extraño que ella no dejase nada escrito para mí.

—Yo llegué, como siempre, a las ocho. Me telefoneó el administrador, para ordenarme pusiera todo en orden, ya que la señora estaba embarcada, rumbo a Kingston.

—¿No vio nada anormal?

—Nada, en absoluto. La señora era bastante cuidadosa. De todos modos, me parece que usted no quiere alquilar la casa. Y si desea informarse de cosas que ignoro, pregunte al administrador.

—Gracias. Tome esta estampita por las molestias.

Cogiendo el billete exclamó ella entusiasmada:

—¡Muy agradecida, señor! Pregunte, pregunte...

—¿Dónde anida el administrador?

—78, Park Avenue. Pregunte por el abogado Mac Carey.

Boquiabierto, balbució Chandler:

—¿Cómo dijo, abuela?

Ofendida, repitió ella:

—Kenet Mac Carey, abogado, 78, Park Avenue. Administra la mayor parte de estas casas.

—No me diga... —sonrió Chandler extasiado—. ¿Con qué es el abogado Mac Carey el que le contó a usted que Loretta estaba navegando rumbo a Jamaica?

—Naturalmente. Yo no tengo la costumbre de inventar mentiras, señor.

—Mil perdones. Me absolverá, señora, si le revelo que estoy dominado por el demonio verde.

Una expresión asustada se plasmó en el arrugado semblante femenino. Se apresuró Chandler a evitar que ella llamase a los loqueros:

—Me refiero a los venenosos celos, una enfermedad bastante extendida. Siempre sospeché que el abogado Mac Carey trataba de obtener la atención amorosa de mí Loretta.

—Esto sí que lo ignoro —suspiró ella—. Mi servicio empieza a las ocho de la mañana y termina a las tres de la tarde. En estas horas, la señora no recibía más visitas que las de modistas, peluquero, manicura y masajista. Yo le servía el desayuno hacia las once. Tan solo una vez...

Y titubeó ella, ansiosamente.

—Dígamelo sin el menor reparo, señora. Soy discreto, de veras.

Chandler apoyó su afirmación, irguiendo un índice en el que se enrollaba un billete que hizo temblar los párpados de la mujer de faenas.

—Bien, ya no tengo porqué guardar la promesa, puesto que la señora se ha marchado. Me hizo jurar que no diría a nadie que ella había recibido una visita. Un caballero de blancos cabellos, pero de semblante juvenil. Andaba muy erguido, como un militar de academia. Lo recuerdo muy bien,

porque hace solo cuatro días... Se presentó a las nueve de la mañana. Yo le dije que la señora dormía. Pero él tuvo un modo tan tajante de ordenarme que la despertase, que obedecí, sin darme cuenta que ni siquiera le había preguntado su nombre. Ella le hizo subir y oí cómo exclamaba: “¡No debiste venir, mayor!”

—¿Mayor? ¿Quién demonios me ha hablado de un mayor? ¡Atkinson! ¡Mayor Atkinson! Eso es... Siga, señora.

—Él estuvo unos cinco minutos en la alcoba y se fue. Ni siquiera sé cómo se llamaba, pero ella me hizo prometer que nunca citaría a nadie aquella visita. Pretextó que debía velar por su buena fama.

—Intente describirme a su modo al anciano juvenil.

—Alto como usted, pero más grueso, Cabellos blancos, rostro colorado ojos grises. Llevaba un bastón... Ah y un bigote en cepillo. Vestía muy bien. Nada chillón. Todo de gris hasta los guantes.

—Gracias. Es usted un talento Mary.

—Joan señor para servirle.

Kent Chandler se alejó con paso ágil y triunfal. Empezaba a contornearse promesas de revelaciones sensacionales.

Mac Carey, el asno engreído telefoneando que una muerta había tomado un barco rumbo a Kingston.

El papá de la suculenta Lana Atkinson entrando cuatro días antes en la alcoba de Lulú que le tuteaba...

Soliloqueó:

—Un momento. ¿Cómo sabes que es el padre de Lana? ¿Y por qué al oír la mención del grado de mayor bramaste: “Atkinson”? Bueno también los ingleses tienen mayores en abundancia. Y resulta lógico pensar que el mayor Atkinson consultó el registro y después pretendió averiguar qué clase de yerno se le avecinaba. Le sigue y tropieza con Loretta... No porque esta tuteaba al mayor... Claro que Lulú podía conocerle de antes...

Caminando trató de llegar a una deducción lógica.

Derek Murray mata a Loretta y obtiene la complicidad de Mac Carey. Ocultan el cadáver y hacen embarcar a cualquier comparsa usurpando la identidad de Loretta en el “Betancuria”.

Poco después, en una agencia de viajes, preguntaba:

—¿Cuál es el medio más rápido de embarcar a bordo del “Betancuria”?

El empleado consultó varios diagramas. Expuso:

—El avión “B. O. I.”, de las once, le dejaría en Nassau a las dos, señor. El “Betancuria” anclaría en Nassau alrededor de las tres.

—Un pasaje para Nassau.

En el “jet” que surcaba un cielo gris sobre un mar plomizo, Chandler cerró los ojos, dormitando. Estaba gastando un dinero que no recuperaría, pero se le antojaba una deliciosa inversión.

Apabullar a Kenet Mac Carey, a la vez que desenmascarar a Derek

Murray, era un inefable placer que bien valía aquel viaje.

Una mujer, a bordo del “Betancuria”, se hacía pasar por la difunta Loretta. Mentalmente, especificó con mayor exactitud:

“La mujer que tú viste era Loretta, puesto que Vivían se disponía a disparar contra ella. No conoces a Lulú, pero sabrás hacer identificar a la pasajera del “Betancuria” que emplea una personalidad usurpada”.

En el aeropuerto de Nassau, hizo la primera indagación. ¿Cabía una posibilidad de ir al “Betancuria” antes de que atracase?

Le señalaron un lugar. La caseta del práctico del puerto, donde encontraría a la policía y servicio de Sanidad.

Era preciso evitar que la falsa Loretta, la cómplice, cuando menos, de Mac Carey, se esfumase entre el tráfago de pasajeros.

Un policía uniformado devolvió el saludo. Con británica precisión.

—Me interesaría subir a bordo del “Betancuria”, para hacer una comprobación privada. Soy detective, pero no oficial.

—Diríjase al capitán Booth. Aquel caballero con impermeable azul.

El capitán Booth, de la Brigada Portuaria, debía haber captado la señal del que le apuntaba con el índice, porque avanzó al encuentro de Chandler, que, bajadas las escaleras, se halló en el pequeño embarcadero protegido del sol y la lluvia por un toldo.

—Me llamo Chandler, capitán, y pregunté si había medio de llegar a bordo del “Betancuria” antes que atracase. Examine mi licencia y le quedaría agradecido si consintiera en dejarme subir a bordo con el servicio oficial.

El capitán Booth examinó meticulosamente el carnet y, al devolverlo, manifestó flemáticamente:

—Hoy sería yo comisario si no hubiese cometido un leve error, hace unos tres años. También era norteamericano el detective privado que me pidió el mismo favor. Consentí, y subió a bordo de un yate noruego.

Hizo una pausa y añadió:

—Resultado: dos muertos y un herido. Uno de los difuntos, el privado. Yo, como puede usted ver, sigo con vida. Pero anquilosado en capitán, con una pierna en tierra y otra en la mar.

—Le juro que solamente quiero comprobar...

—Nunca jure. Nunca podemos saber lo que el Destino nos depara al minuto que viene.

—Le entregaré mi arma, y si lo desea, me coloca las manillas. Solamente quiero echar un vistazo a una pasajera, antes que desembarque.

—También su difunto colega, hace tres años, solamente quería echar un vistazo. Lo dijo así, también: “Echar un vistazo”... ¡Dios santo! Aún recuerdo aquel momento. Me maldije por mí falta de conocimiento a fondo del idioma del tío Sam. Hoy sí que sé lo que significa en yanqui legítimo “echar un vistazo”. Entrar, pisando cubierta, detenernos ante un camarote,

llamar, abrirse una puerta... y ríase del azufre, olor a chamusquina y humareda del averno. Lo siento, amigo mío.

—La persona que viaja a bordo, ni siquiera me conoce. Es una mujer.

—Si usted llevase una orden oficial, sería distinto. Me pierde el ser tan sensible, ¡condenación!

Sintió Chandler que iba ganando terreno. Acentuó su cara triste.

El capitán Booth añadió:

—Viéndole esta patética expresión de pena, consiento en facilitarle la tarea. No le llevo en la lancha, pero vaya al muelle tercero, que es donde atracará el "Betancuria". Los pasajeros no podrán bajar, hasta que no sea inspeccionada toda la documentación. Y los maleteros pueden subir. No somos exigentes con los maleteros. Basta que lleven la chapa, y alguno, por un par de libras isleñas o dólares continentales, le cederá la chapa, y con ella podrá subir enseguida a bordo. Bastará que le diga al maletero que yo he consentido en este chalaneo.

—Muchas gracias. De veras, capitán.

—No hay de qué. Pero... óigame bien: si a bordo comete usted el menor estropicio me pasaré lo que queda del año pateándole un día no y otro sí en una celda especial.

—Prometo ser un ángel maletero.

En el tercer dock, vio Chandler grupos de varias razas y atuendos, provistos del mismo adorno en la boina, gorra o panamá. Un disco metálico con un número.

Eligió a un flaco y rubio individuo con aspecto anémico.

—Si usted me informa de cuál es el portador de equipajes que tiene acceso a los camarotes de lujo, suya esta chapa.

El rubio miró el billete en la palma del yanqui. Papel apreciado.

—Del número veinte al treinta tienen derecho a deambular por los pasillos clase superior.

—Usted lleva el número 23.

—¿Cómo se dio cuenta? —sonrió, muy débilmente, el británico.

—Escuche atentamente mi oferta. Viaja a bordo del "Betancuria", una señora, y me han encargado que averigüe de quién se despide. El capitán Booth acaba de asegurarme que no existe ningún inconveniente para que uno de ustedes me preste su chapa.

—Prestar, no. Pero sí podría darle la etiqueta de ayudante. Es decir, algunos de los fijos, comparten propinas con otro más robusto. Pero usted viste demasiado elegante.

—Tiene arreglo... ¿Qué tiempo tardará en llegar el barco aquel?

El inglés miró hacia el "Betancuria" que, a media máquina, enfilaba ya el paso entre dos boyas.

—Unos quince minutos.

—Podríamos encontrar un mono.

—¿Un mono?

—Esta combinación de una pieza que se colocan los garajistas sobre la ropa. Como aquellas azules que visten los dos negritos...

—Ya... un “overol”.

—Conformes con el “overo”. Y una boina para mis bucles, ¿no?

—Se puede intentar. Estaría gracioso que fuese usted un detective privado, como en las películas que me gustan.

—Pues ríase, si es que tiene gracia amigo —invitó Chandler.

Ceñudo afirmó el británico:

—No la tiene. Los sabuesos solamente me gustan en película.

—¿Y en papel?

Con la pregunta ondeó Chandler ante su cara un billete de veinte.

El inglés avanzó los labios en mueca beatífica:

—Usted sabe viajar, compadre. Me llamo Robinson. Venga conmigo. Dentro de diez minutos estará usted convertido en ayudante mío. Pero no tiene cara de maletero. Yo me entiendo. Acépteme un consejo y no le reconocerá ni el propio Booth.

Diez minutos después revistiendo sobre sus ropas un amplio “overol” de un azul parcheado y remendado, con una boina que fue marrón, hundida hasta las orejas, y ocultas las manos en guantes de dril y goma, masculló Chandler:

—No ya el capitán Booth, sino yo mismo, no me reconozco. Y tiene razón, Roby. Podría ser que la señora que quiero avistar, esté acompañada por alguien que pudiese reconocerme. Pero así no hay modo.

Y algo escamado se tocó Chandler el negro barniz que endurecía sus facciones como si fuese laca.

—No se preocupe hermano. La brea es garantizada. La emplean aquí para los Carnavales. Puede sudar y mojarse la cara ya que solo a las cuatro horas y pico empieza a desteñir. Y si quiere quitársela ya sabe. Jabón verde echando un poco de gasolina en la espuma. Con cerrar bien los ojos tan campante.

Por contraste con Robinson el detective parecía un corpulento negrazo. Muy apropiado para lucir la etiqueta de cartón que le acreditaba como “ayudante” de portador maletero.

La brea le atirantaba el rostro pero el espejo de los lavabos le había devuelto la imagen facial de un antillano descendiente en línea recta de emigrantes de las selvas africanas.

Mientras el “Betancuria” iba atracando de babor, comentó:

—Tuvo pupila, Roby. Un truco excelente.

—Viendo dólares, me carbura el seso a todo vapor.

Apenas quedó afianzado el remate de la pasarela, los portadores subieron al asalto.

Devolviendo con creces los cedazos, reiteró Chandler:

—Número 6, serie “B”, lujo, Roby.

—Allá hacemos proa.

Del veinte al treinta los portadores de “lujo” penetraron en el suntuoso salón, conducente a los cuatro pasadizos, marcados respectivamente con las cuatro primeras letras del abecedario.

Robinson, codo a codo con Chandler, entró en el “B”, donde al lado izquierdo, se alineaban cuatro puertas numeradas del 1 al 4. Al derecho, dos, numeradas 5 y 6.

La puerta 6 estaba abierta. Un salón dando acceso a un cuarto de baño y a un dormitorio. Invisible. La puerta del cuarto de baño, también abierta, mostraba a un individuo de anchas espaldas, que estaba cepillándose el platinado cabello.

En el salón había otro individuo, sentado, piernas cruzadas, que miró con expresión asqueada a Robinson y al negro.

—¿Portadores, señor? —canturreó Robinson—. ¿Guías para las pesadas cuatro horas de escala, señor?

El interpelado, moreno cetrino, cara picada de viruelas, pareció muy indeciso entre dos decisiones: escupir o renegar.

Robinson se hizo insinuante:

—Niggo y yo somos los mejores guías de la isla, señor. No hay rincón que no...

—¡Largo de aquí, alimañas! —rezongó el moreno.

Kent Chandler conocía bien la categoría social del picado de viruelas y del que, ya peinado a su gusto, abandonaba el cuarto de baño.

Dos clásicos guardaespaldas, matones por oficio y vocación.

El que se había superpuesto dos ondas en la nuca, rutilantes el platino capilar, comentó:

—No los espantes, Rick. A lo mejor, Loretta quiere dar un paseo.

—Es que estos dos pájaros dan asco. Fíjate en el rubio. Es una rata de taberna, y en cuanto al puerco negro, con su etiqueta, dan ganas de tirarle una pelota. Para ver si toca la campana y se gana uno la petaca. Tienes un corazón demasiado blando, Sam.

“Lo que tenéis los dos es muy mala uva”, sentenció Chandler. Mentalmente.

El llamado Sam se pasó delicadamente la mano por la nuca, mientras se dirigía hacia la puerta de la alcoba.

“El muy... guapito, se gusta. Y la prenda de Rick, mira al pobre Roby como si contemplara a un canario en pepitoria. Dos chulos baratos”.

—Estáis monísimos, así parados en la puerta —gruñó Rick—. Entrad ya, maldita sea vuestra casta. Y tú, negro, no me roces, porque soy del Ku-Klux-Klan.

Rio Robinson amablemente. Chandler empezó a sentir lo que debía experimentar un negro legítimo ante un “civilizado” del tipo Rick. Que

añadía:

—Si la señora no quiere guías, no quiero que perdáis por haber esperado. Os prometo un dólar por jeta… A condición de que me cantéis a dúo el coro del gandul acoquinado que cargaba maletas y llevaba pasajeros de excursión, porque no tenía reaños para ganarse la mantequilla como los hombres.

Robinson avanzó dos pasos, dando cabezadas de asentimiento. Tras él, se inmovilizó Chandler. Se relamió, imaginándose a Rick indignadísimo ante la visión de un negro dándole puntapiés en las posaderas. En la puerta de la alcoba, Sam, el platinado, repicó con el dorso de la mano, llamando:

—¿Loretta?

La puerta se entreabrió, pero sin dejar visible a la ocupante. Una voz de contralto, pastosa, de gravedad acariciante, anunció:

—No me hacen la menor gracia tus gracias, Rick. Es poco humano burlarse de dos hombres que intentan ganarse el sustento como pueden. Y ya que la escala dura cuatro horas, podemos emplearles. Que vaya uno de ellos a buscar un coche.

—Gracias, señora —canturreó Robinson—. Voy volando en busca del bólido necesario. Mi compañero Niggo les llevará lo que deseen.

Salió Robinson y Chandler bendijo al inglés, cuya sugerencia de embrearle el rostro había sido providencial, porque ya había reconocido la voz de la invisible y supuesta Loretta.

La puerta se abrió del todo, y apareció Lana Atkinson.

CAPÍTULO IX

Lana Atkinson estaba deliciosamente apabullante. Un jersey a rayas horizontales, azules y blancas, modelaba el esplendor agresivo de su busto.

El pantalón atigrado, se ajustaba con avidez hasta media pierna. Las sandalias, dos tiras azules enlazando el sonrosado pie, avaloraban el escorzo erótico de su figura, porque el alto tacón-aguja, la hacía más cimbreante.

Chandler redondeó los ojos admirativos.

Rick y Sam, en pie, permanecieron un paso tras ella, adoptando la profesional indolencia de los respetuosos matones de alquiler.

Chandler recordó su aspecto y dejó de devorar la espléndida fémina, aunque rezongó:

"Si parezco un caníbal, queda justificado. Pero no abras tanto los párpados. Eres un Niggo adormilado bajo el tibio sol isleño. Y si has de hablar, pronuncia como un congolés poco ilustrado, mientras no puedas hablar sin peligro".

Lana Atkinson apenas deslizó una mirada hacia la boina, el "overol" y los guantes. Señaló una de las tres mesitas:

—Coja la máquina de retratar, Niggo. Y el bolso azul.

La máquina con estuche azul, llevaba dos iniciales: "L. G.". Las mismas que doraban una esquina del gran bolso. Pasó Chandler la correa de ambos objetos por su hombro izquierdo.

Rick salió al pasillo, precediendo a Lana, tras la que echó a andar el platinado Sam.

Chandler siguió a dos pasos de Sam. También la puerta de la "suite" de lujo, proclamaba:

"Miss Loretta Grandpré".

Un majestuoso mayordomo, galoneado como un almirante, saludó en cubierta:

—Feliz escala, señorita Grandpré. No zarparemos hasta las ocho. Permítame recomendarle el panorama desde Fitzwilliam.

En el espacioso muelle se alineaban coches de caballos y magníficos automóviles. Desde el estribo de un "Daimler", Robinson agitaba la mano hacia los que bajaban la pasarela.

Le repitió al chofer:

—Si ellos aceptan que yo conduzca, déjame, Jimmy. Te prometo diez pavos.

—Conduces bien, pero aunque asegurado a este "Daim" no lo conduce otro que no sea mi menda golosa.

—Les vamos a parecer muchos tres parásitos Jimmy. Y tengo interés por ver de cerca a este monumento.

—También a mí me gusta darme la buena ración de vista, caray.

Rick se detuvo ante la portezuela, junto al del volante. Lana Atkinson se instaló en el asiento posterior, tras abrir Sam, diciendo:

—Si no opina lo contrario, Loretta, aquí sobran gorrones. Con un guía nos basta.

Lana Atkinson tocó en el hombro al chofer, que se volvió muy voluntariamente:

—Siempre conduce mi habitual chofer —indicó señalando a Rick—. No menosprecio su destreza, pero si no le interesa que conduzca otro, buscaremos un coche de alquiler, sin chofer.

—No me molesta, señora, si me firma la garantía impresa que llevamos para estos casos. Debe dejarme también el billete, por si la desgracia quisiera que averiasen algo.

—Paga y firma, Rick. Tú conducirás y que el negro te indique el camino para llegar a Fitzwilliam.

—Diez libras esterlinas, señor —dijo el chofer, mientras Rick firmaba y entregaba la hoja de pasaje.

Chandler, junto a un guardabarros, murmuró:

—¿Fitzwilliam, Roby?

—Bay Street y a tu frente, siempre adelante. Hay pancartas.

Robinson se aproximó a la ventanilla posterior.

—¿Desea algo, señora?

—Ya lo oíste —silabeó Rick, que ocupaba ya el volante—. Espera en este muelle con el chofer y sacaréis propina. Tú, negro, sube a mí lado, y no te arrimes.

Chandler vino a instalarse en el sitio indicado, apretándose contra la ventanilla opuesta a la de Rick.

Atrás, el platinado Sam se acomodó, y Lana Atkinson ordenó:

—A Fitzwilliam.

Rick puso el contacto y dio un codazo a Chandler:

—¿Eres mudo o qué, pedazo de alquitrán?

Chandler separó mucho las vocales:

—Virar y al frente, Bay Street. Aquí, circulación por la izquierda. Seguir recto, y todo el camino, postes con pancartas.

—Este puerco negro es un talento —rezongó Rick, maniobrando con seguridad para dar la vuelta en poco espacio.

El silencio fue prolongándose mientras el coche rodaba por la bien cuidada carretera que flanqueaba la bahía. Cielo y mar rivalizaban en azul. La vegetación acreditaba con su verdor el clima de la isla.

De trecho en trecho, la carretera tenía postes indicadores. La mención “Fitzwilliam” estaba acompañada de la palabra “Fort” y una cifra: “620”. Cuando la carretera dejó de ser una cinta asfaltada entre enormes mansiones de plantadores, y fueron espaciándose las edificaciones, gruño

Rick:

—Si son 620 las millas que hay para llegar a Fitz, algo falla en esta isla. O el sistema de números o algo.

—Son metros de altura —corrigió Sam desde atrás—. Lo dice esta guía. ¿Es así o no, negro?

Cabeceó Chandler. Hacía ya rato que tenía un raro presentimiento.

Las pupilas de Lana Atkinson se clavaban en su nuca. Y por el retrovisor a ratos, percibía él la tenue sonrisa femenina. Esfinge burlona.

—¿Eres mudo, negro? —preguntaba Sam.

Chandler emitió una ronca risa, asintiendo, mientras pensaba:

“Ojo con la sorpresa, Kent. Pero, ¿cómo ha podido ella reconocerme?”

—Este apestoso negrazo es idiota —diagnosticó Rick—. Se ríe solo.

La carretera ascendía, y una señal indicó una depresión. Atrás, leyó Sam:

—“La ruta que conduce a Fort Fitzwilliam ofrece la particularidad de atravesar el valle de Sponger, calificado como jardín submarino, porque se extiende a cincuenta metros bajo el nivel del mar. Atravesado el valle que fue refugio del pirata Brigodier, la carretera vuelve a ascender por entre coralíferas rocas que...”

—Cierra el librito, Sam. Tenemos ojos.

Chandler veía por el retrovisor los fascinantes ojos de Lana Atkinson, que desdeñaban el hermoso paisaje, para contemplarle a él...

Una contemplación aviesamente risueña. Y volvió a pensar en una tigresa refocilándose al comprobar que tiene la llave de la jaula del quieto y necio gorrión.

—Menos velocidad, Rick, que esta carretera baja con virajes inesperados —advirtió ella.

—Eso es, Rick —hizo eco el platinado.

Lana Atkinson adelantó un poco el busto, hasta rozar casi la nuca de Rick. Anunció:

—Dicen que los guías para turistas no son de fiar, Niggo. Me contentaré con hacerle apearse del coche, si se porta bien, Niggo. Tengo que aconsejarle que se porte bien, Niggo, porque atrás tiene a Sam, que es un campeón en el arte de dar golpes científicos en la nuca. No se moverá, ¿verdad que no, Niggo?

Kent Chandler asintió lentamente.

—Parece no estar sorprendido, Niggo. Lo comprendo... Usted, como negro poco culto, ignora que los barcos llevan radio. Y que la radio sirve para transmitir a pasajeros mensajes útiles. Como, por ejemplo, advertirme que, muy posiblemente, en la escala de Nassau, alguien procedente de Nueva York, esperaría al barco, para comprobar la identidad de Loretta Grandpré. ¿No se moverá, verdad que no, Niggo?

—Ni hablar de moverme, señorita Grandpré, guapísima.

—¡Toma! —rio ásperamente Sam—. ¿Guasas, ahora?

Rozaba con la boca de una “Luger” la parte inferior de la sucia boina que cubría los castaños cabellos del negro postizo. Añadió:

—Ahora resulta que este negro habla como un ratón del Bronx. Pero no es tan idiota como le suponía, ¿te das cuenta, Rick? Está más quieto que un pelele en su caja.

—No le pasará nada, Niggo, sino tan solo que le dejaremos unas horas entre esa espléndida arboleda, hasta que haya zarpado el barco. ¿Por casualidad cree que divago, Niggo? —acarició la voz femenina.

—Ni hablar, señorita Grandpré, preciosísima.

—Usted sabe perfectamente que no soy Loretta Grandpré.

—Pero está usted fantástica de rica.

—Este tipo nos está tomando a guasa y me pone nervioso —declaró Rick, frenando.

—Sigue adelante, Rick, hasta que te ordene lo contrario.

—Adelante apestoso, ¿o es que eres un blanco idiota? —inquirió Chandler.

—Un rato carota en tal negro, ¿no? —resolló entrecortadamente tras la nuca de Chandler, el rubio platino.

—Quieto, Sam —conminó ella—. No olvidéis que vais a mis órdenes. Es indiscutiblemente desconcertante su actitud, Niggo.

—Me encanta el buen humor, aún entre asesinos.

No hay que tomarse nunca las cosas por lo trágico. Sam me está barrenando la nuca con su pistola. Pero observen un detalle importante. Hace ya mucho rato que me estoy muy quieto, desde que salimos del dock.

Resulta muy natural que sostenga las correas del bolso y la máquina, para impedir que bailen, apoyando sobre bolso y máquina, la mano derecha. No te sobresaltes, Rick... Dile a tu compinche que si me taladra el cogote, a ti te saltan los sesos por la sien.

Rick siguió conduciendo a poca velocidad por la serpenteante carretera que en descenso atravesaba el valle Sponger, floridísimo.

—Sigo muy quieto y muy negro. Porque no me gusta que pretendan avasallarme, sea cual sea el color de mi pellejo. Y bajo la mano derecha, podrán apreciarlo, señora y caballeros, hay una diminuta y plateada joya. Visible ahora porque aparto los dedos inútiles. Me ha salvado muchas veces de momentos apurados. Es sencillo, Rick. Piensa que de algo hemos de morir. Y tanto si frenas en seco, como si tu amigacho Sam dispara, tendremos una muerte de lujo. En un “Daimler”.

La manopla apoyada sobre el lado superior izquierdo del mono azul, mostraba el índice doblado, al irse curvando lentamente los otros tres dedos y permanecer el pulgar erecto.

El plateado y pequeño cañón fue visto por Rick, con ojeada de soslayo.

—Quita la herramienta, Sam, apártala, caray —apremió el conductor,

entrecortadamente—. ¡Quita la herramienta, condenación! Y usted, Loretta, convenza a este... tipo, para que yo pueda parar. Hable ya, demonios...

La Atkinson cogió la muñeca de Sam y la mantuvo en alto.

—No quería causarle daño alguno, Chandler. Créame. Simplemente deseaba rogarle que no se entrometiera. Y se lo demostraré. Puede seguir encañonando a Rick, y que este pare, donde usted indique. Bajaremos usted y yo del coche. Hablaremos. Todo quedará aclarado. Reconozco que vale usted más de lo que pensábamos.

—¿Pensábamos, Lana Atkinson? Lo aclararemos luego. Estos dos matones, no me interesan. Usted sí. Aconseje al viruelas que frene suavemente, cuando la carretera presente una larga recta, y dígale al platino que todo puede terminar bien si saben comprender que soy un detective privado y no un honorable policía.

—Eso es, eso es —aprobó Rick, aliviado—. ¿Le va bien esta recta, Chandler?

—De perlas. Me gusta verte el perfil, porque así también, aunque con leve bizqueo, veo a Sam. Para cuando quieras, viruelas, pero muy suavemente.

Rick fue frenando, con una suavidad mimosa. Atrás, Sam se cruzó de brazos, invisible la mano derecha bajo el sobaco.

Lana Atkinson abrió la portezuela y dejó pasar un coche de turistas. Descendió, dando la vuelta por delante.

Chandler bajó, sin volverse, comentando:

—A lo cangrejo es más seguro, percebes.

Rick y Sam permanecieron inmóviles, como petrificados de éxtasis ante el paisaje.

Lana Atkinson fue a sentarse sobre el reborde del pequeño muro blanco entre rocas, a medio metro del radiador.

Chandler pasó delante de ella, siempre andando a lo cangrejo. Fue a sentarse a dos metros, sin dejar de mirar el coche, abierta la manopla derecha sobre la máquina y el bolso.

—Ellos te oyen perfectamente, encanto. Y ya que les das las órdenes, a ello. Quiero ver el coche andando en marcha atrás, hasta quedar a unos veinte metros de distancia. Tú y yo a solas será delicioso, palabra.

—No hay inconveniente, Kent.

Y alzando la voz, añadió ella:

—Ya lo habéis oído. Marcha atrás, Rick. Y quietos, esperando. No dudo que llegaré a un buen acuerdo con usted, Chandler.

El “Daimler” fue retrocediendo, hasta inmovilizarse a unos treinta metros.

Varios coches pasaron sucesivamente y sus ocupantes ondearon las manos en saludos hacia la hermosa turista. Resonaron algunos silbidos.

—Ahora estás entre dos tiros, guapísima. Quiero darte a conocer un mal rincón de mi carácter. Soy muy bestia, cuando además de querer hacerme cosquillas con un cañón en el cogote, me toman la cabellera, como lo estabas haciendo con tanto Niggo por aquí, Niggo por allá.

Ella escuchaba con aparente serenidad, muy vigilante las pupilas.

—Tus dos matones imitan a Pilatos. No quiero ponerme melodramático, pero así como hay un infierno especial para las liosas como tú, no sentiré el menor escrúpulo en largarte plomo a la nueva mentira que me inventes.

—No tengo por qué mentir, Kent —susurró ella.

—Por si acaso, ya que no me vez el color de la cara, que debe estar roja de rabieta, que te conste que me jeringan las guapas dándoselas de listas, que además se vienen con recochineos. Parecías una tigresa relamiéndose con anticipación, ante el bocadillo que era el imbécil de cretino del negrito falso, emparedado entre dos gorilas.

Ella, apoyadas las dos manos sobre el banco de la cuneta, parecía respirar el tibio aire lleno de efluvios, en que mezclaba el salobre del mar, susurrando a ras del muro, a unos veinte metros, en vertical abismo, y el variado aroma de exóticas flores que tapizaban las rocas coralíferas.

Seguían pasando coches con turistas del “Betancuria”.

—No voy a mentirte más, Kent. Puedes someterme a prueba.

—¿Quién mató a Loretta?

—No estuve presente ni me lo han dicho. La verdad pura es esta, Kent. Esta madrugada, hacia la una, me llamó Derek al hotel. Yo acudí a su cita, sin que mi padre se enterase. Me dijo que había sucedido una desgracia, y que Lulú había muerto. Que tú habías estado acechando, y que él apagó las luces, y fue a golpearte. Me dijo que, mientras, alguien mató a Lulú, aunque… no me importa si ha sido él.

—Parece que vas siendo sincera, aunque cualquiera sabe nunca… Sigue explicándome el asunto.

—Me dijo que le tenía que ayudar. Que él poseía los documentos de Loretta y que yo inventase cualquier pretexto para convencer a mí padre, como por ejemplo, que le dijese que quería irme a Jamaica, y alejarme así de él, de Derek. Yo debía llevar la documentación de Loretta, y telefonear al administrador, a las seis menos cinco minutos, imitando la voz de Loretta, y anunciándole que un contrato me reclamaba.

—¿Conoces al administrador?

—No. Sé únicamente que es un abogado, llamado Kenet Mac Carey. Loretta era cantante. No me costó imitar su modo de hablar. Después, Derek me dijo que me proporcionaría dos escoltas, por si sucedía algo. Todo salió bien. Mi padre habrá ya leído la carta que deslicé bajo la puerta. Está acostumbrado a mis caprichos. Seguramente tomará el avión para Kingston, celebrando que me haya alejado de Derek, porque este no le

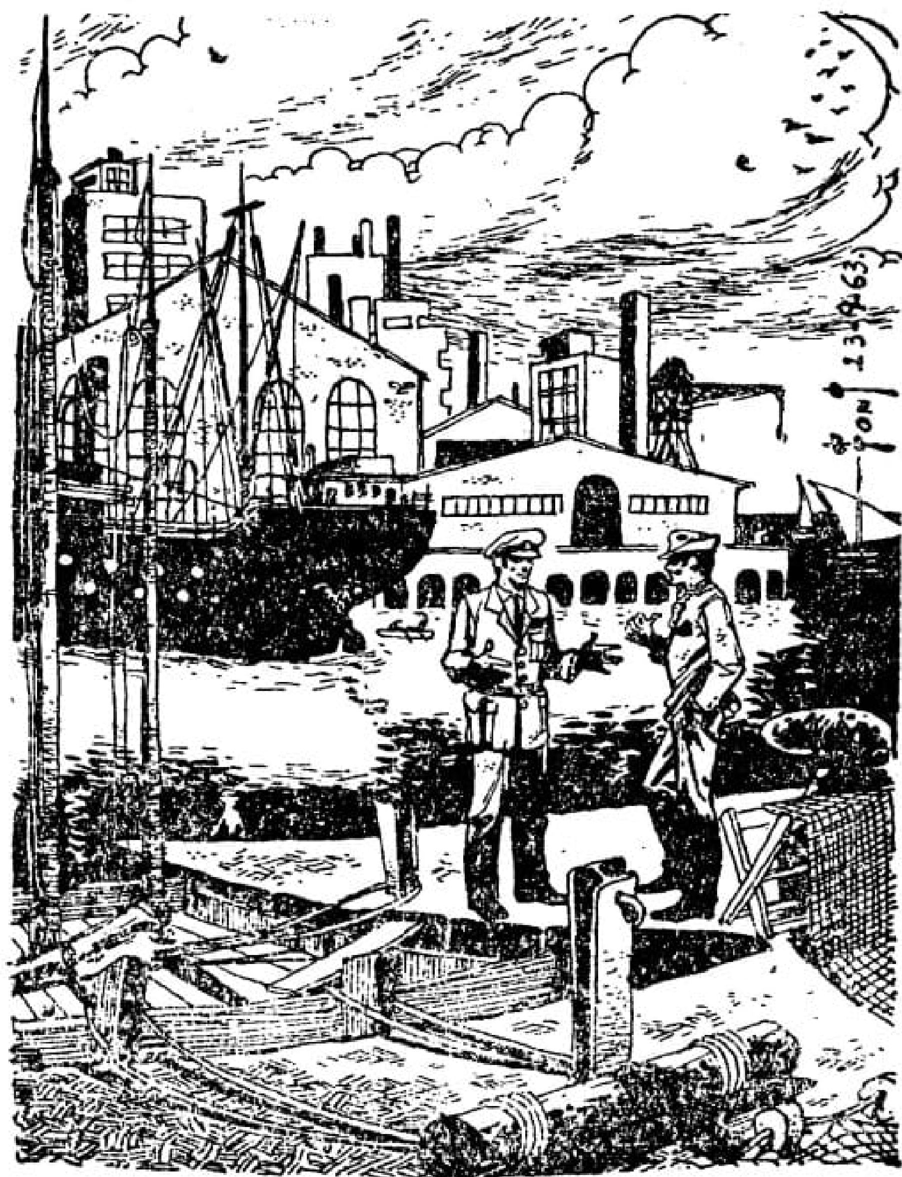
gustaba. Me aseguraba siempre que Derek no era de fiar.

—Todo suena bien, menos el detalle más importante. Tengo práctica en estudiar de cerca el matonismo. Tanto Rick como Sam son de lo peorcito del gremio. De los que matan por matar. Gentuza sin agallas, asesinos sádicos. Ellos me hubieran acribillado… y tú lo sabías.

—No debes decir eso —susurró ella, acercándose, inclinando la cabeza, hasta que ya junto a él, apoyó su mano sobre la manopla izquierda—. Yo solamente quise cumplir lo que Derek me radió. Está en el bolso.

—Dímelo con tu voz que me despepita, preciosa.

Chandler apartó su mano izquierda, para enlazar el estrecho talle.



Le doy el arma y me pone las manillas

Ella sonrió con atractiva perversidad.

—Los que pasen se ofenderán racialmente, viendo a una blanca inglesa dejándose abrazar por un negro.

—Las turistas se resarcen de complejos retenidos en sus frías tierras natales.

En su espalda percibía ella la opresión del resorte y diminuto revólver entre su blusa y la palma masculina, Sus pupilas destilaban dulce femineidad.

Kent Chandler prefirió apartar la mirada de aquel esplendoroso busto anhelante, tan próximo. Rio fastidiado. Susurró ella:

—Cuéntame que te causa gracia.

—Negro no querer que cazadora blanquísima engatusarle. ¿Qué decía el radiograma?

—Casi textualmente, Derek me advertía que Chandler había tomado el avión a las once, con billete hasta Nassau y que seguramente me daría la bienvenida, pretendiendo sorprenderme. Y añadía lo que al oficial radiotelegrafista le debió parecer una broma amistosa: que Chandler era un pelmazo y que se quedase en Nassau sin continuar el viaje.

—Ya... Y de atajarme el afán viajero, se hubieran encargado Sam y Rick. Escucha, delicia de mis cinco sentidos. Yo puedo comprender que, enamorada del canalla de Derek, estuvieras a todo, hasta tratar ahora de despeñarme.

—¿Despeñarte? —fingió ella asombrarse.

—Viniste a sentarte aquí. Te acercaste lo máximo posible, un poco más y sucumbo al influjo de tu golosa boca... El canelo de Kent besucón pierde los estribos y Lana, la tigresa apabullante, le tumba de un buen empujón.

—Estás equivocado, Kent. Yo no sería capaz de... matar a nadie.

—Olvidemos las teorías. Yo quiero cazar a Derek. Tengo, pues, que evitar que comuniques con él. El barco zarpa a las ocho. Haremos tiempo. Rick y Sam delante del coche. Tú y yo atrás. Recorreremos la isla, como concienzudos y alertas turistas. A las ocho, Sam y Rick devuelven el "Daimler", suben a bordo, y allá ellos dos, pero tú te quedas aquí conmigo, en espera de Derek.

—Tu intención es peligrosa, Kent —musitó—. No has de echar en olvido que sigo amando a Derek.

—Mejor que mejor. Y tampoco eches tú en olvido que si taladro con plomo tu monumento carnal, la policía me dará una medalla. Invocaré legítima defensa. Tuve que matar a la cómplice principal del asesino Murray.

—Creo, que... no puedo escoger.

—Talentuda deducción, muchacha. Llama a tus dogos. Que son pequineses.

—Si me sueltas, te lo agradeceré.

Suspirando apenado, se retiró él. En pie, ella llamó con gestos hacia el coche. El “Daimler”, suavemente, se aproximó.

Explicó ella:

—Hemos llegado a un acuerdo, y Chandler acepta no entremeterse más. Colócate al lado de Rick... No tienes que temer ninguna trampa, Sam. Yo te garantizo que el único interés de Chandler es estar de acuerdo conmigo.

Sam bajó del coche, mirando al que tres pasos más allá, parecía contemplar una rueda delantera, avanzando el puño derecho.

Una contemplación que Rick, al volante, supo interpretar. No podía acelerar en intento de aplastar al detective contra el muro.

—Mejor si todos quedásemos limpios de hierro, ¿no? —sugirió Sam, al lado del estribo.

—Sube, Sam —conminó ella, impaciente.

Obedeció el aludido, pero colocándose de perfil, con un brazo sobre el respaldo.

Ella se sentó tras Sam, y por el otro lado subió al mismo tiempo Kent Chandler, quedando arrellanado tras Rick.

—A gozar del panorama o si lo proferís, aquí parados. Me da igual. El caso es que hasta las ocho, ninguno de nosotros cuatro llegará al tercer dock. No quiero que puedas comunicar con Derek Murray.

Intervino ella atajando al que iba a replicar:

—¡Adelante, Rick! Y sin prisa. El paisaje es reposante.

—Eso es, Venus británica. Ya lo has oído, Rick. Sin prisa y a gozar del paisaje. No nos despeñes. A la izquierda, rocas. A la derecha, abismo. Sigue la línea equidistante de ambos costados, Rick.

Rezongó el del volante:

—Vaya excursión... La recordaré años.

—Optimista —sonrió Chandler—. Y callando, conducirás mejor, Rick, apestoso odre de viruelas. El paisaje queda algo tarado con tu perfil, Sam. ¿No te fías de un pobre negro mugriento?

Las pupilas del rabio platino trataban de no mirar fijamente la invisible mano del detective que expuso:

—No es por instinto pecaminoso que mi mano derecha rodea el costado donde tiene el corazón esta talentuda diosa pagana. No cometeré un criminal atentado contra una obra de arte, cincelada en carne de Venus, si no seguís meditando el modo y manera de liberar este coche de mi repelente figura. ¿Quieres decirme algo, Sam? Hazlo, hombre, sin reparos.

—Digo... que esta excursión es del género idiota. O estás de acuerdo con ella, y no hay razón para estar tan tirantes, o no estás de acuerdo, y entonces, sería mejor dejar el coche, porque si uno de nosotros se pone nervioso... ¿eh?

La sílaba interrogante contenía mucha elocuencia.

Kent Chandler especificó:

—Dime si conoces un medio mejor para evitar que os pongáis en contacto con vuestro mandamás.

La carretera ascendía con frecuentes virajes ceñidos. Roca en compacto murallón a la izquierda. Abismos a la derecha.

—En el primer cruce, Rick puede virar y nos detenemos antes de llegar a la ciudad, en cualquier bar —insinuó Lana Atkinson.

—¿Tienes sed? —quiso saber Chandler.

—No, pero Sam está en lo cierto… Podemos ponernos nerviosos, y sería una lástima que terminase mal lo que puede terminar del mejor modo posible para ti y para mí, Kent.

La entonación femenina poseía mucha aparente sinceridad.

—De acuerdo. Tú ganas, mujer, Vira al primer sitio propicio, Rick, pero con cuidado. No nos pongamos nerviosos, porque los cuatro estamos como cuerdas de violín.

A un lado de la carretera, pintadas en blanco, aparecieron una flecha y una palabra:

BAYSIDE

—Significa que si tuerces a la izquierda, iremos a otro sitio, Rick Y no a Fitzwilliam. Podrás virar fácilmente.

El "Daimler" penetró en la lateral señalada por la flecha, y dando marcha atrás, viró hasta empezar el descenso.

La masa roquiza estaba ahora a la derecha. Pareció aflojarse la tensión nerviosa, y Rick sonrió en desagradable mueca que deseaba cordial.

—Un buen trago nos aliviará, ¿eh, Chandler?

—Seguro que sí, pero no pierdas de vista la ruta. Estos virajes se las traen.

Chandler cerró a medias los párpados. No quería que el brillo de sus ojos le delatase. Había visto la señal imperceptible que Lana Atkinson hacía. Asintiendo a la muda petición de Sam…

Añadió Chandler:

—Ojo con los virajes, Rick, porque se asoman cuando uno menos…

Súbitamente, se proyectó hacia delante Su rodilla derecha, alzándose, chocó contra el rostro de Sam.

Su mano izquierda aplastó la cara de Rick contra el volante, desviándolo en plena rotación a la derecha.

El "Daimler" cabeceó por dos veces, zigzagueando en la carretera, a la salida del viraje. Se empotró en la roca a la derecha.

Un choque seco, que la carrocería resistió admirablemente. Solamente se oyó el cristalino rumor del parabrisas astillándose.

Un segundo antes de empotrarse el radiador, Chandler de nuevo

sentado, mantenía apretada contra sí a Lana Atkinson, tensos los músculos de las piernas, apoyados los pies contra el respaldo delantero.

Flexionó las rodillas y volvió a tensar las piernas.

El motor dejó de funcionar. El absoluto silencio, se hizo denso, siniestramente opresivo.

Lana Atkinson estaba inmóvil, con el busto sobre los muslos del que, incisivamente, fue diciendo:

—Lo vi venir... Vi cómo se ponía nervioso... No conocía la carretera y hemos tenido suerte, Lana... Hubiéramos podido hacernos migas... No, no te muevas aún.

La retuvo presionando su nuca.

—Sería horrible que vieras a Sam. Ha chocado con la cabeza contra la roca, atravesando el parabrisas. Y me temo que Rick tardará mucho en recobrar el sentido. ¿Te has hecho pupa, querida?

La soltó. Ella respiraba anhelante, fulgentes los ojos.

—Bestia —musitó.

—Sí que ha sido bestia el choque, pero podía haber resultado peor... Para mí. Seguro que la guía debe decir que esta carretera es peligrosa. Un poco más y nos atropella el asiento delantero Me duelen un poco las rodillas y los tobillos, pero tan pronto caminemos un poco... se me pasará. Hemos de ir en busca de auxilio... No podemos hacer nada, ya que no disponemos siquiera de agua de rosas. No están muertos, no... Y ya pasarán otros coches. Vamos.

La empujó fuera del coche, cuya parte delantera parecía un acordeón sobre el que se reclinaba de bruces Sam, teñida de rojo la cabellera.

Rick se inmovilizaba sobre el volante, colgante los brazos.

Chandler sostenía por un codo a Lana Atkinson, mientras se inclinaba para recoger un "jerrican" de gasolina. La llevó carretera abajo.

—Pasarán coches, y los atenderán. O a lo mejor encontramos un coche subiendo. Es natural que tiembles, Lana. Pero eres valiente y estás sobrellevando el susto con entereza. Otra se hubiera desmayado. Y estaría yo cargando con ella por galantería estúpida.

Ella miraba al frente, andando deprisa, con la misma rapidez del que, en su mano izquierda, sostenía por el asa el "jerrican".

—Tú... te echaste sobre el volante.

—Naturalmente, porque vi que al perder la dirección el nervioso de Rick nos iba a hacer dar un triple salto de campana con aterrizaje a muchos metros de fondo rocoso. Era preferible chocar contra algo más cercano, aunque también fuera rocoso. Total, para nosotros dos como un topetazo en un coche chocador de parque de atracciones.

La roca ofreció una separación de apenas dos metros, por la que ascendía un sendero. Ella murmuró:

—Sigamos la carretera, Kent.

—No, querida. Hemos pactado que hasta las Ocho nadie se acercará a bordo. Subiremos un poco a pie, y en un sitio discreto, esperaremos. No te inquietes por Sam y Rick. Pronto estarán atendiéndolos. Sam respiraba, aunque con dificultad. Total, una conmoción. Rick tendrá alguna costilla rota y conmoción de pronóstico indeciso. Si se mueren, es que no tienen el aguante de que presumen.

El sombreado sendero se enroscó en rededor de unos arbustos. Ella se desplomó, sentándose sobre el musgoso borde.

Delante de ella, Chandler, quitándose el "overol", lo impregnó en amasijo con chorros de gasolina, y empezó a frotarse la cara, salvo las cuencas, oculares.

Adquirió un extraño aspecto cuando, al recobrar su piel la normalidad, quedaron tan solo los cercos negros desde las cejas hasta los pómulos.

Arrojó al suelo los guantes.

—Al fin solos, Lana. Entonces, en tu primera visita, todo lo que contaste era pura filfa embustera.

—Tengo vahídos, Kent.

—Y yo también Pero estás ya convencida de que fue un accidente el choque, ¿verdad?

—Sí, Kent.

—Pues, no, no lo fue.

Y rio Chandler. Ella murmuró:

—Me siento mareada, Kent.

—Vaya... Eres una actriz de primera, pero ya no pico más. ¿Por qué querías en tu primera visita que yo me metiera clandestinamente en la alcoba de Loretta? Me chocó esta proposición procediendo de la dignísima hija de un mayor británico.

—Pareces complacerte en burlarte de mí.

—Como tú, ensartándome una mentira tras otra.

—Ya no te miento... Ahora tengo miedo, porque odias a Derek y eres capaz de entregarme como cómplice de un asesinato.

—Si me dices la verdad verdadera, podrás seguir rumbo a Jamaica. Yo siempre encuentro en mi amoralidad atenuantes para los deslices de las mujeres bonitas.

Ella se incorporó, aproximándose, hasta casi rozarle. Chandler murmuró, alerta:

—Cuidado, nena. Tus ojos parecen volcanes apasionados, pero así miran las tigresas antes de arrear el zarpazo.

—Eres hombre y fuerte, Kent. Yo soy una mujer sin armas.

—¿Sin armas? Muchacha... Te temo más que a una batería de largo alcance.

—Déjame marcharme... Quiero huir de esta pesadilla.

—Si quieres huir no te me eches encima, caray.

—Mis manos están desnudas. Las ves... Tengo los nervios completamente deshechos...

Intentaba ella apoyarse. La separó él, diciendo:

—Háblame a prudente distancia, guapa. A honesta distancia.

Dilató ella los ojos y gritó:

—¡No, Derek, no!

Chandler había oído repentinos pasos cercanos.

Esquivó a ciegas el alud de carne musculada que se le venía encima.

Pero un bastón chocó contra su cabeza.

Cayó de bruces, y lo último que sus sentidos percibieron fue la voz femenina, implorando:

—No lo mates, Derek Sería demasiado... No lo admito...

CAPÍTULO X

“No se está mal en este balancín. Un mecido sabroso, como de cuna, y solamente falta que te alarguen el biberón. Pero has pasado ya de la edad de la lactancia... Haz un pequeño esfuerzo. No me digas ahora que no sabes cómo te llamas...”

Kent Chandler seguía inconsciente, pero empezaba a dialogar mentalmente. “Esto de la amnesia resulta ya pasado de moda. Te tengo por un chico listísimo a partir del mediodía, Kent. Eso es. Yo soy Kent. Un momento... ¿Quién está hablando conmigo? Eres un cretino, porque con abrir los ojos te enterarás. Bueno, eso de abrir los ojos será cosa fácil, pero tienes plomo derretido en los párpados. Y nadie te está hablando. Eres tú mismo, pensando, eso es. Muy sencillo. Una pesadilla. Has debido cenar demasiado. Fat siempre aconseja que una buena cena exige un largo paseo. Demasiados virajes, pero hay que aprovechar el primero. Estos tres te van a liquidar al primer descuido, Kent. Ella miente más que habla... ¿Ella? ¿Helen? ¿Vivian? ¿Loretta? ¿Wilma?... Te lo advirtió el del camión, cuando te dijo que los locos de atar, lo están por haber tenido excesivo roce con las mujeres, y que los cuerdos si quieren seguir siéndolo, deben apartarse de las mujeres. ¡Zape!”

Se removió un poco Kent Chandler, pero siempre en tinieblas.

“O sea que los cuerdos, nada de mujeres... Entonces prefiero estar como un cencerro, pero a mí que no me quiten esta gloria de cielo anticipado que es una hermosa hembra bien torneada... ¡Lana Atkinson! Ahí está... Avanzando hacia mí, y yo no sé si estrujarla como un energúmeno atacado de repentino entusiasmo, porque está un rato buena la muy melosa... ¡Castañeta, qué larga es la noche, compañero!”

Chandler, boca abajo sobre una mesa, atados los brazos desnudos a las dos patas delanteras, intentó mover las piernas Estaban también atadas de plano sobre la mesa.

Tenía el torso desnudo y una esponja empezó a ser estrujada sobre su cabeza.

“Llueve, Kent. Y viene de perlas, hombre. Por lo menos, ahora la mecedora se cimbrea sin tanto acunar. Sigue pensando, chico listo. Derek Murray ha de tener un pacto con el diablo. Aparte darles guerra a tres tigresas a la vez... aparece de pronto en plena naturaleza. Bueno, un avión particular, y me acecha por la carretera. No, no... Hay un fallo... Ella miente. No puede ser Derek... Te van a dar un masaje, Kent. Y te sentará bien, caramba. Esto que te enfría el pecho y te mortifica la cara, es una tabla de madera. Ladeando la cara, la lluvia te empapará...”

Le pesaban los párpados, pero consiguió vencer el plomo derretido que parecía gravitar desde la raíz de sus cabellos hasta el entronque de su

espina dorsal con la base del cráneo.

Era curioso, pero visto así, con la pupila izquierda, aquel elegante deportista parecía el anuncio de una revista inglesa pregonando las delicias de viajar en yate.

Era un yate. Porque tras el elegante individuo de blancos cabellos, sentado en un sofá, había la clásica lucarna, en el panel de madera rojiza. La americana azul “blazer”, la blanca camisa de cuello abierto, el blanco pantalón, los zapatos blancos...

¿De dónde conocía a aquel envarado caballero inglés, entre cuyas piernas se sostenía erecto un bastón?

La esponja siguió chorreando y entre sus labios abiertos, percibió algo agridulce Una corteza de limón que sabía a coñac. Excelente idea para remojarle los resecos labios.

Ladeó un poco más la cara, esforzando los músculos del cuello La esponja había desaparecido y ahora vio el rostro de Lana Atkinson.

—¿Se encuentra mejor, Chandler? El señor Chandler me dijo que se sentía muy bestia cuando le sometían a ironías, mayor.

Una voz calmosa que pronunciaba con enérgica precisión, brotó de los rojos labios del saludable, canoso y elegante mayor Atkinson:

—Por si puede asimilar el contenido de mis frases, señor Chandler, he de manifestarle que mi muy apreciada esposa, está desolada con respecto al accidente que ha costado la vida a Sam Hickens y Rick Ferris. Eran dos buenos elementos.

“Dos buenos elementos, narices, como diría Wally... Debí traérmela en este viajecito...”

—Debo aclararle dos cosas, Chandler. Lana no es mi hija, sino mi esposa. Y Sam vivía, al igual que Rick, cuando les contemplé tan quietos, allá en el coche estrellado. Pero dos heridos, en su delirio, pueden hablar demasiado. Una herramienta, en concienzudo machaqueo científico, facilitarán el informe forense. Un accidente mortal. Siguen buscando al negro postizo y a la hermosa viajera Loretta Grandpré.

“Este viejales parece la propaganda del whisky que nació en 1870 y sigue tan campante. Pero es un asesino redomado...”

—Debo hacerle, saber, Chandler, que mi primera intención fue terminar también con usted. ¿No acababa yo mismo, sirviendo altos intereses, de terminar con las vidas de mis dos eficaces auxiliares Sam y Rick? Pero mi esposa intercedió, y no sé resistirme a las súplicas de este portento de mujer que es Lana. Tengo la vaga idea de que mi esposa ha pasado malos ratos en su compañía, Chandler, y desea aplicarle la salvaje, pero muy y justa ley del Talión. ¿Recuerda? Ojo por ojo, diente por diente...

Kent Chandler estaba ya en franco proceso de recuperación de la facultad de “asimilar” cuando oía.

Asimilaba, entre otras cosas, que estaba atado de brazos y piernas. Y no podía por consiguiente, como deseaba, romperle los dientes e hincharle los ojos al mayor...

—Mi amigo Kent —susurró la voz femenina— empezó a vislumbrar algo de luz en su laberinto, aunque fingía creerme... Hasta que desvió el volante. ¿Le hierve la sangre, Kent? Denos una muestra de su particular concepto de no tomarse las cosas trágicamente.

Habló Chandler por vez primera. Tartajosamente:

—Ponte delante de mí, guapaza, y si te sientas al lado del calzonazos de tu marido, formaremos un trío de antología. Cuernos ingleses... de caza. Suelten la zorra...

Lana Atkinson fue a sentarse en el sofá, junto al mayor. Ambos parecían estar atentamente pendientes de las atinadas frases de un visitante ingenioso.

La cabina del yate que iba efectuando una singladura desconocida para Chandler, permitió deducir que no era una embarcación de mucho tonelaje. Un poco más que un balandro de regatas debían significar aquellas incomprensibles cifras y letras del banderín pintado cerca de la lucarna.

12

RC 153 K

No era muy entendido en náutica. No tenía un manual de navegación para consultar y saber que el número 12 significaba los metros de eslora la del yate, las letras la abreviatura de la matrícula “Royal Club”, los tres números la adjudicación que el “Yachting” jamaiquino diera en Kingston al yate propiedad del mayor Charles Atkinson.

—Una pareja snob y moderna —sonrió dolorido Chandler—. La otra pareja, me gustaba más. Con lo asquerosos que eran. Me refiero a los difuntos Rick y Sam. ¿Los dos que intentaron acribillar a Vivian Murray, cuando me tropecé con ella? Muchos misterios para una sola cabeza como la mía, que además está abollada y en mala postura.

—¿Verdad que sí? —sonrió ella, brillantes los ojos.

—No pensarás en serio de oficiar de verdugo conmigo, estupendísima Lana. Oiga, calzonazos blancos, dígale a su señora que no vamos a adelantar nada con dedicarnos a juegos sádicos. Un cadáver más qué importa al mundo... De acuerdo, pero yo soy joven, y bien administrado puedo dar rendimiento. Déjeme probárselo, mayor Atkinson.

—¿Qué opinas, Chas? —preguntó ella, sin dejar de estudiar al que, tendido de bruces, apoyaba ahora el mentón sobre la madera.

—Podríamos intentarlo, nena —dijo él, burlonamente.

—Eso es, mayor —aprobó Chandler—. Déjeme a solas con su nena, y ella no se arrepentirá. Se lo prometo. Usted con pasear por cubierta y tener cuidado de no rasgar las velas con los adornos invisibles, pero muy

cortantes de su frente...

—¡Quieto, Chas! Lo iba a conseguir... Quiere sacarte de quicio. No lo logrará.

—Ha estado bueno el chiste. El mayor se ha puesto aún más colorado y si no se cuida la presión arterial, revienta... Siempre me dije que si me tocaba morir delante de una dama, lo haría con finura. Pero como aquí no hay ninguna dama, sobran finuras. ¿A qué esperas, Lana, para afilar un estilete o esgrimir uno de los adornos frontales del mayor? ¡So, Chas, quieto, no escarbes, Chas! No consientas que yo, ensartado como un pollo a la brocha, en una bandeja, les diera anticipadamente dolor de estómago a los dos comensales. ¿Se puede saber qué va a pasar aquí? Levántate ya, nena, y mátame a fuego lento, como las beduinas. A caricias. ¿No quieres?

—Pronto gemirás, Kent Chandler. Te lo juro.

—Depende... Lo que sí es seguro es que juramentos de borracho, promesas de chiflado y palabras de Lana Atkinson, ni los chiflados borrachos se las creen. ¿No te das cuenta que si me quieres dar una larga agonía pasará como en de rigor y ritual? Llegarán los buenos y me salvarán. Lo malo es que ya no sé quiénes son los buenos y quiénes los malos. Por de pronto, ya he acertado una. Vosotros dos sois una pareja de alivio, pero, ¿quién lleva el timón? Ya no sé si es el abogado Mac Carey, Derek Murray o la propia Helen. Dímelo, vidita. Anda, ¿por qué no haces un poco la beduina?

—Termina pronto, Lana —dijo severamente el mayor, poniéndose en pie—. He tolerado tu capricho, pero...

—Ya mugió el buey, recogiéndose el rabo y abandonando el establo. Eso es, mayor. Nos entendemos mejor tu nena y yo a solas, acaramelados.

Charles Atkinson se abalanzó. Chandler pensó que se ahorraría torturas. Era lógico que aquel puño de bastón, chocando en su nuca, iba a terminar con la accidentada carrera de un detective, sumergido en el más confuso lío que jamás...

El mundo y sus complicaciones dejaron de existir para Kent Chandler.

⋆ ⋆ ⋆

“Este frescor es suculento y casi nutritivo, pero vas a pillar un catarro de rechupete, Kent. A veces no das una en el clavo. Cierra ya la ventana, hombre. Hace unas cuantas noches que no das ni una. Todo se te antoja complicado. Cierra ya la ventana, capullo. Eso es, ¿y cómo llego yo hasta la ventana, si no la veo? El oculista se va a poner las botas contigo, Kent”.

Vendada la cabeza, reclinado en blancos almohadones, en cama clínica de respaldo graduable, Kent Chandler, muy blanco en su pijama del mismo color, tenía las manos cruzadas mansamente sobre el pecho.

“¿Oculista? Aquí huele a hospital. Cosas alcanforadas, alcohol de

quemar y no de beber... Ahora que ya vas atinando algo, por lo menos te darás cuenta que te estuvieron pinchando por todas partes. Aguja en la zona glútea o nalga derecha, y va una. Aguja en el brazo, y van dos... Cállate y escucha. Una voz a tu lado...”

—Si puede oírme, joven cretino, bastará con que levante un dedo. No creo que esté en condiciones de hacer un esfuerzo mayor hasta dentro de un par de días.

Cerrados los ojos, Kent Chandler alzó los dedos de la mano derecha.

Resultaba ahora, casi agradable, la voz de aquel pianista que las enamoraba delirantemente...

Chilló:

—¡Derek Murray!

CAPÍTULO XI

Lo que oyó Derek Murray, sentado junto a la cabecera, fue algo semejante a un largo maullido.

Pero en cambio, Chandler oyó perfectamente, cada vez con más claridad:

—Gracias a sus patinazos, hemos llegado hasta la meta. Era preciso saber quiénes eran los que habían de recibir el microfilm. Ya lo sabemos. Y como está usted fuera de peligro, ya le hablará a su debido tiempo, el teniente Murphy. Volveré a visitarle, Kent. Mi esposa le envía sus cordiales saludos.

Kent Chandler quedó convencido de que, alzando una mano imperiosa, acababa de exclamar enérgicamente:

—¡Usted se queda aquí y me lo explica todo, maldita sea!

Solamente logró echar un poco de salivilla.

Se hundió beatíficamente en un largo sueño reparador, sin necesidad de la habitual dosis sedante, ni de inyectable estimulante para despertar.

Abrió los ojos, sintiéndose muy despejado. Miró en torno, pero solo girando los ojos, cobo un camaleón.

Una enfermera sonrió, se llevó un índice a los labios y salió.

—Ey —llamó Chandler—. No se vaya ahora, caray.

La puerta volvió a abrirse y, con las manos en los bolsillos del pantalón, desabrochada la gabardina, la americana y un botón de la camisa, el teniente Clark Murphy se aproximó.

Su agudo rostro de hurón apoyó la barbilla en sus puños cuando se acodó sentado a un lado de la cama.

—Tiene usted el sueño dulce, o arrobas atrasadas de sueños. Durmió en el avión que le trajo a Nueva York, desde un yate que fondeó en un islote bermudiano. Lleva aquí cuatro días con sus noches. Además, está usted plenamente idiotizado y no puedo reprochárselo. Vaya tomándose la cosa con calma y si pone orden a sus preguntas, sin desbocarse, su cerebro empezará a funcionar debidamente.

—Vamos a verlo. Me llamo Chandler y usted es el teniente Clark Murphy. ¿Voy bien?

—En línea recta.

—Esto es una clínica de Nueva York, según deduzco por su salutación de entrada.

—Doy fe.

—¿Qué hora es?

—Por mí reloj, exactamente... las tres cuarenta y dos de la tarde.

—¿De qué día, mes y año?

—Mire el calendario. Mes de abril...

—Conformes... Escuche, Murphy... ¿Ha sido un toque de delirio, o aquí ha entrado a charlar conmigo un tal Derek Murray, pianista?

—Entró.

—Vaya... Cada vez más espeso el potaje. Concretemos algo, si es que me resulta posible. ¿Usted forma parte de la banda, mi teniente?

—Había tres bandas.

—¿Tres?

—La primera, formada por Loretta Grandpré, Charles Atkinson y su amante Lana, con Sam Hickens y Rick Ferris, de los que usted conozca.

—¿La segunda?

—Formada por un solo elemento: el pianista Derek Murray.

—¿La tercera?

—Otro componente individual: el despistado Kent Chandler.

—O sea yo.

—¿Le coloco pieza por pieza cada grillo en olla parte?

—El cielo se lo premiará. Coja un grillo, el primero empezando por la cola. Yo estaba boca abajo atado a una mesa, y Atkinson, emitiendo un mugido, me largó un bastonazo. Esto es lo último que recuerdo. Después del bastonazo, es natural que me duela la cabeza vendada, pero esta cama que tengo bajo las sentadoras, ¿quién me la empotró? ¿Y usted qué...? Bien, a su gusto, mi teniente.

—Será lo mejor. El yate pertenecía a Charles Atkinson y estaba tripulado por un jamaiquino y dos bermudianos, a sueldo de la banda de espionaje formada por los dos Atkinson, Loretta, Sam y Rick. El yate era seguido con óptica precisión desde una canoa motora, suficientemente lejos para no ser vista, y poder ver cómo el yate emproaba hacia otra pequeña embarcación, donde esperaba el agregado de una embajada que pagaba los servicios de la banda dirigida por Atkinson.

Chandler escuchaba con sumo interés. Lo necesitaba para recobrar la fe en sus facultades. Era un detective vulgar, no un agente del contraespionaje, se dijo para reconfortarse.

—Un agregado que ya estaba bajo observación y apenas el yate atracó al lado de la embarcación donde el agregado recogería el microfilm obtenido por Lana y Loretta, la canoa entró en acción. Llevaba diez hombres de la “Special Branch”. ¿Conoce?

—Elementos no inscritos en nómina pública, que prestan servicio en misiones de contraespionaje, so capa de profesiones inofensivas.

—Más o menos... La “Special Branch” entró al rápido abordaje. Los capitaneaba Derek Murray.

Suspiró Chandler hondamente. Prefirió cerrar los ojos y callar. Era preciso que se enterase.

—Al primer disparo, salieron a cubierta los dos Atkinson, y ella dio mucho más trabajo que él. Hubo pequeños descalabros sin importancia,

pero la banda entera, está entre rejas, que era lo que importaba. El agregado, creo que tendrá que pegarse un tiro, porque su gobierno es poco misericordioso con los que fallan.

—Al diablo el agregado. La cosa es que, al parecer, le debo la piel al compositor de marras, que se llevaba muy secreto que él… No entiendo todavía nada. Siga maestro.

—Le advierto que solamente cuando usted ingresó aquí, me enteré de todo el tejemaneje.

—¿Quién mató a Loretta?

—Lana Atkinson quitó un fusible, y, mientras Murray trataba de reparar la avería, Charles Atkinson mató a Loretta.

—Pero, ¿no eran de la misma banda?

—Sí, pero Loretta, enamorada de Derek, y sin saber que pertenecía al contraespionaje, empezaba a ser indiscreta. Derek, sospechando de los Atkinson y de Loretta, los seguía muy de cerca, pareciendo sincero en su papel de enamorado por partida doble.

—¿Quién me atizó en el cogote?

—Lana Atkinson, para que usted, más tarde, testimoniase que había visto a Derek matando.

—¿Por qué fue ella a visitarme a mí oficina?

—Cuando Sam y Rick fallaron en su tiroteo contra Vivian Murray, dijeron que un tipo, la había salvado. Ella fue a sondear.

—¿Cuál de ellas, por favor?

—Lana.

—Adelante. ¿Por qué matar a Vivian?

—Vivian Murray, celosa, e ignorando que su marido era de la “Special Branch”, cometió la natural torpeza de visitar a Loretta, y decirle textualmente: “¡Se quién es usted, y acabarán mal sus manejos, porque lo sé todo!”

—Ya voy viendo… Pero, siga.

—Esta exclamación de esposa fue interpretada por la banda de espías, en lógica deducción, como demostración de que Vivian, por algún conducto, se había enterado de sus actividades.

—Ya va asomando el sol, entre pequeñas nubes.

¿Por qué mil demonios coronados y musicales no empezó Murray por decirle a su esposa que él era del “Special”?

—Ahora ya se lo ha dicho. Y ha renunciando a seguir siéndolo porque dice que ya no sería un agente secreto si su esposa, sabedora de ello, le seguía por todas partes, con cara de enamorada asustada.

—O sea que Derek les hacía la rosca a Loretta y a Lana a la vez para sonsacar… Un momento. ¿Mac Carey?

—Peligrosa calumnia si no le atajo. El dignísimo, mientras no se demuestre lo contrario, abogado Mac Carey, se limitó a obedecer órdenes

del Departamento de Estado, que le envió a un agente.

—¿Por qué Derek desapareció del lugar donde murió Loretta?

—Oyó a alguien deslizarse, pese a la experiencia de los Atkinson, y trató de darles caza. No pudo, pero dio la alerta al resto del equipo suyo de colaboradores. Unos hicieron desaparecer toda huella del crimen, mientras otros, vigilaban a los Atkinson. Los miembros del equipo viajaron como turistas en el "Betancuria".

—Y mientras, yo haciendo el caníbal maletero y galopando por la llanura como un chivo con tábanos en los cuartos traseros, ¿no?

—Se inmiscuyó en el asunto, y el "Special" consideró que su contacto con Lana Atkinson, en Nassau, aceleraría el proceso que conducía a saber quién había de recibir el microfilm.

—Son muy tunantes esos del "Special", ¿verdad?

—También cabía suponer que usted podía ser cómplice... Son muy enrevesados estos asuntos de espionaje.

—Dígamelo a mí.

—Y si usted, en vez de ser privado, fuese oficial...

—Todo por su debido orden, mi teniente. Lana me dijo que Derek le había enviado un radiograma.

—Radió Charles Atkinson.

—Me dijo que Derek había pasado la noche con ella.

—También pudo decirle que yo tocaba el arpa. Creo que ya va saliendo de las tinieblas. ¿O sigue a oscuras?

—Vivian Murray era muy formal cuando afirmó que su esposo tenía secreto que ella había descubierto. Y que justificaba en cierto modo que el compositor deseara matarla. Habló de una llave de garaje.

—Que Loretta consiguió, sacando molde del llavero de Derek. Pero este no temía por su esposa, ya que sabía que la doncella negra Sarah, valía por un equipo de lucha libre. Pero le había hecho jurar a Vivian que para nada saldría más del piso.

—En el Registro constaba como soltero.

—Libertad legal a favor del "Special", cuando Derek comprendió que Atkinson o Loretta irían a consultar si era soltero. Empezaron a comprender que no podrían sacar de los Estados el microfilm, mientras Derek siguiese haciendo aquella corte tan pegajosa a Loretta y Lana.

—En vez de un sindicato de celosas, era un trío de tigresas engatusadas por la serenata de un agente... ¿Qué secreto conocía Vivian?

—Ella o Derek se lo contarán o no. Yo no lo sé, ni me caliento los cascos.

—Lana vino a verme con el cuento, para embrollarme metiéndome en la madeja.

—Para complicarle la labor a Derek. No acababan de saber si era del contraespionaje o simplemente un compositor enamoradizo y pegajoso,

que a cada momento aparecía en el camino de Loretta y Lana, alternativamente. Las dos eran bonitas.

—Una sigue siéndolo.

—Hasta que el tribunal británico juzgue a Lana y Charles en Nassau por el asesinato de Sam y Rick.

—No le sorprenderá que me duela la cabeza, ¿verdad, jefe?

—¿Jefe?

—Venga mañana, jefe, y traiga los impresos de ingreso en su protegido y honorable cuerpo.

En píe, Clark-Murphy se tocó el borde del sombrero, rígidos los dedos que proyectó hacia el yacente.

—Celebro su mejoría. Mañana a las diez estoy aquí.

Kent Chanciller cerró los ojos, y se durmió, mientras mentalmente iba colocando "cada grillo en su olla".

Despertó, negándose rotundamente a seguir chupando del tubo. Exigió chuletas y patatas fritas. Cuando, rebañado el plato, aspiraba el humo del cigarrillo que la enfermera le colocó entre los labios, murmuró:

—La vida es sabrosa, ¿verdad, monísima?

La enfermera sonrió, anunciando:

—Ya está usted en condiciones de recibir visitas. Mientras usted cenaba, he telefoneado a los que han solicitado verle.

Se marchó y poco después, en el cuarto, entraban Vivian Murray y su esposo.

Derek Murray sonreía amistoso, pero Chandler prefirió contemplar a Vivian.

—Mi esposo dice que gracias a usted...

—Gracias a que mi cabeza no se rajó. Vaya con los del "Special"... Yo, en pepitoria, y ellos esperando. Si le parezco un ingrato me tiene sin cuidado, señor Chopin.

—Usted se entremetió, señor Sherlock Holmes. Y averiguar quién pagaba el microfilm valía más que preocuparse de la mayor o menor dureza del cráneo de un joven... testarudo.

—De acuerdo, pianista. Y ahora, tanto da si contesta o se calla, Vivian. Usted me afirmó que había descubierto un terrible secreto sobre la prenda de marido que se agenció —y volvió a dirigirse a Murray al proseguir—: No pudo ser que averiguase que usted era del "Special" porque este descubrimiento la habría tranquilizado. En cierto modo.

Ella miró interrogante a Derek Murray, que fue el que habló:

—Cuando Vivian creyó que yo parecía estar loco perdido por la pobre Loretta, empezó a comportarse cómo una mujer celosa. Olía hasta el forro de mis chaquetas. Y resultó que tropezó con una carpeta que yo guardaba bajo siete llaves. En la carpeta había una sinfonía y retazos de composiciones, obras de un músico que murió en un accidente, sin haber

podido editar su música, que nadie leyó. Ella dedujo que yo había robado la sinfonía, de la que estaba sacando partituras para mis melodías. Yo no podía decirle que era el "Special" quien, al hacerse cargo de todos los papeles del músico muerto, sin familia, me entregó dicha sinfonía para que de ella fuera extrayendo mis melodías, con cuyo pago me convertí en agente fijo del "Special" antes de conocer a Vivian. No podía revelárselo. Ella me dio a elegir. O yo renunciaba a Loretta y a mis caprichosos viajes, según ella, o me desenmascararía como a un farsante, inmundo plagiario, y no sé cuántas lindezas más. Y cuando cayó un tiesto, por casualidad, empezó a pensar que yo, el vanidoso músico, herido en su soberbia y no queriendo renunciar a Loretta, había planeado eliminarla.

—Por fin... Cada grillo en su olla. Ahora bien, Murray, usted me echó de su casa en forma fea.

—También tuve que decirle cosas feas a Vivian. Ella no me guarda rencor.

—Sí, pero yo no estoy enamorado de usted.

—Una célebre melodía asegura: "El tiempo pasará, las cosas cambiarán, de forma y de color..." Vivian y yo vamos a efectuar un largo viaje por fuera de los Estados. Le prometí una segunda luna de miel.

—A ello. Han pasado lo suyo. Lo mío no es nada. Cosas superficiales. Castañas que no dejan nada dentro, pero usted, señora Murray, siempre estará temiendo que su esposo vuelva al "Special".

—Procuraré vencer, y si pierdo, seré su auxiliar; Adiós, señor Chandler.

Vivian Murray abandonó el cuarto. Derek Murray presentó la diestra palma arriba. Dijo:

—"El tiempo pasará"...

—"Las cosas cambiarán..." Bueno, feliz viaje, amigo.

Ya en la puerta, se volvió Murray para decir:

—¿No se ha dado cuenta que su gentil secretaria está enamorada de usted hasta la perdición del sentido común? Espera fuera.

Fue la última actitud enigmática de Derek Murray, antes de desaparecer.

Chandler permaneció boquiabierto. ¿Wally enamorada de él?

—Vamos, hombre —rio entre dientes—. Es un absurdo... No sea borrico, compositor de pega. ¿Qué Wilma está...? Vamos, hombre...

Rio, perplejo.

Entraba Helen Sutton, y tras ella, muy solemnes, Algernon Sutton y Kenet Mac Carey.

El abogado engoló la voz:

—En nombre y representación de la familia Sutton, le presento toda clase de excusas, señor Chandler, al haber yo incurrido en el grave error de no aprecian su alta categoría moral.

—Va bien, Cicerón. Todo olvidado. "El tiempo pasará, las cosas

cambiarán, de forma y de color”...

Algernon Sutton y Kenet Mac Carey cambiaron una rápida mirada compasiva. Elocuente. El pobre detective, de resultas de los golpes, había entrado en período predemencial.

Saludaron amablemente, abandonando el cuarto. Helen Sutton murmuró:

—No sé si nos queremos, Kent...

—¡Ni hablar! Me gustabas, te parecía original y nada más. Terminaríamos mal. Yo, un vulgar sujeto y tú una elegante nena... Ya encontrarás el marido adecuado. Que no soy yo.

—Me he tranquilizado... al oírte. ¿Quieres que te visite?

—No, no... Tengo ya... Bien, adiós, Helen.

Ella salió, y Chandler esperó un instante. Casi como un colegial que ha descubierto el verdadero amor, inesperadamente. Un instante que se prolongó demasiado. Bramó:

—¡Ven acá, Wally, maldición!

Entró Wilma Roberts apresuradamente. No estaba favorecida, porque sus ojos tenían dos cercos enrojecidos. Pero avanzó con paso rápido, para explicar con su habitual estilo:

—Celebro que tenga ya la cebolleta reparada, jefe. Topsy ha llorado como un becerro y me contagió. El niño se acusa de no haber sabido adivinar que... ¿Le pasa algo, jefe? Me mira usted de un modo tan raro que... Oiga. Bueno, claro, con tanta inyección y agüitas con sal que las llaman suero... Oiga, jefe ¿quiere que llame al bata blanca?

—Siéntate. Aquí, en el borde del blanco lecho nupcial.

—¡Sopla! ¡Dieron en el clavo los dos estirados sujetos almidonados que salieron de aquí, barreándose la sien! Fíjese mejor, jefe. Esto es una sala de clínica y que de nupcial tiene lo que yo de Helen Sutton. Está guapa la niña, las cosas como son... Oiga, jefe, ¿es que se da cuenta, sí o no, que me está agarrando la mano... y que me está resoplando en la mejilla... y que vamos a terminar todos locos aquí?

—Una vez hubo un moscardón que iba de flor en flor sin darse cuenta que los más hermosos colores los tenía cerca. Tú eres la sinfonía de arrolladora felinidad que yo buscaba.

—Si es locura, sigue así de loco, amor...

—Amor mío.

—Eso es, Kent.

—Concretamente, Wilma. Tu nombre es un bombón.

—El tuyo lo murmuraba yo todas las noches... Siempre te quise, Kent, pero como soy tan poca cosa...

—Lo tienes todo, Wilma, bombón... Hemos de casarnos volando, castaña.

En el corredor, el teniente Murphy apartó la oreja de la entreabierta

puerta. Se frotó vigorosamente las manos y en su satisfacción, se olvidó de lo tacaño que era.

Regaló un puro, diciendo:

—Termina en boda, como me gusta a mí, galeno. Concretamente, en la adecuada boda, matasanos.

La enfermera miró el puro que sobresalía de su escote.

Miró después al que se alejaba silbando y se encogió de hombros. Ya lo decía el sabio director del laboratorio clínico.

El mundo corría hacia una espantosa hecatombe, producida por la radiactividad de las atómicas ondas expansivas de gérmenes esquizofrénicos. Una ola de demencia invadía el mundo. Y acabó de quedar convencida al oír en la sala contigua:

—¡Muchacha! Tienes unos labios que son melopea de serenata.

—Mejorando lo presente, Kent, El vendaje. Kent. Se te ha ladeado.

—¡Fuera! Sí, usted. ¿No ve que estoy con mi novia? Tráigame al juez de paz. Tengo prisa... Vamos, despeje. Cielo mío... Bésame...

—Es la enfermera, Kent, vida mía.

—Yo soy el enfermo y tú la enfermera que necesito para siempre. Amén.

Y Kent Chandler, besó entusiasmado.

FIN


ROJO


CADA HOMBRE EN SU TUMBA

por Silver Kane

Lanzó una carcajada aguda, gutural, y entonces las luces se encendieron bruscamente. Iris vio a la mujer borrosamente, porque la claridad le hizo cerrar en seguida los ojos. Pero pudo ver, eso sí, que ella oprimía con una mano el interruptor de la luz y con la otra un largo cuchillo.

—¡No me toque! —gimió Iris, tapándose los ojos—. ¡No me toque!...

—Es un corte, pequeña... Ni lo sentirás...

Alzó el cuchillo. En aquel momento una voz gritó:

—Déjela.

Un escalofrío de horror, una tensión que domina los nervios, una intriga que obsesiona...

Esto es lo que sentirá usted si se atreve a leer

CADA HOMBRE EN SU TUMBA

la última novela del "rey del suspense"

SILVER KANE

LAS RELIGIONES

Desde las más primitivas y bárbaras idolatrías, hasta la Revelación cristiana, el hombre ha recorrido insólitos caminos en su ansia de vivir eternamente. Curiosa, dramática, terrorífica, enigmática o sublime, la historia de las religiones explica, a través de la evolución de culturas y sociedades, muchos aspectos desconcertantes del mundo de hoy.

COLECCION



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.







EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain